

PUNTO ROJO

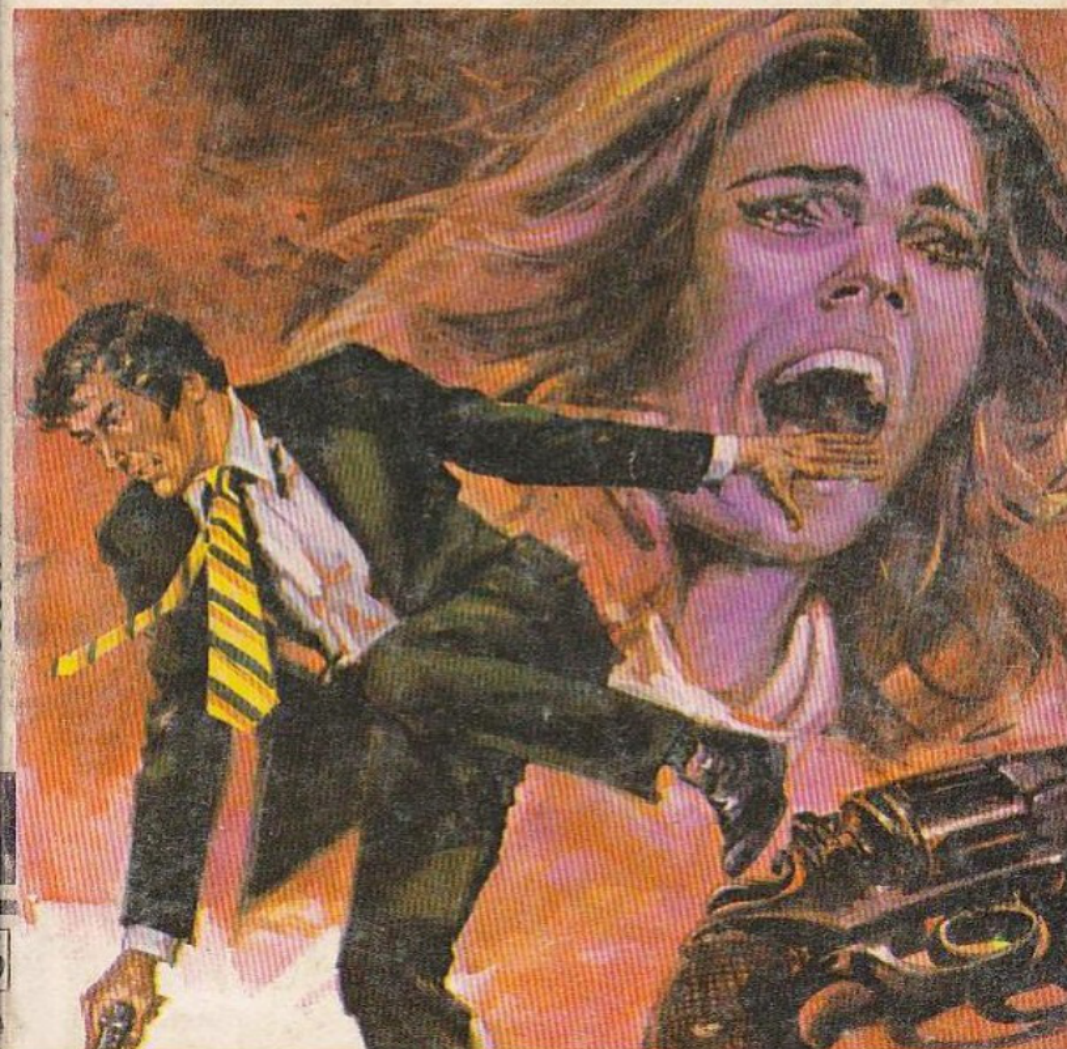
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

EL ACOSO

Clark Carrados



PUNTO ROJO

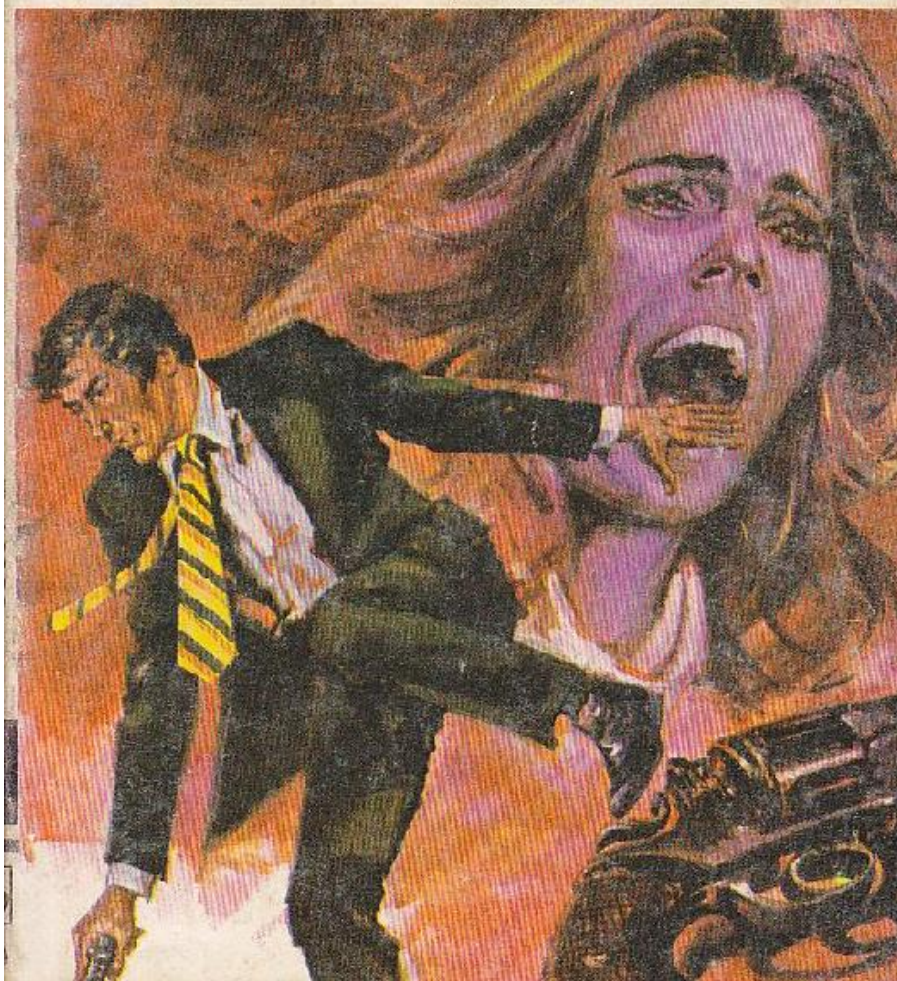
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

POLICIACO

EL ACOSO

Clark Carrados



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.898 — Larga cabalgada a la horca.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.757 — Millonaria por un día.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.595 — Violencia en la pradera.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

636 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.147 — Técnica de un asesinato.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

CLARK CARRADOS

EL ACOSO

Colección PUNTO ROJO n.º 1.152 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 22.490 1984

Impreso en España Printed in Spain

I.ª edición en España: julio. 1984 I.ª edición en América: enero. 1985

C Clark Carrados - 1984

texto

(í García - 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.

A Camps y Fabrés. 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-I52, Km 21,6501 Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

Terminó de cenar y retiró todos los cacharros, llevándolos al fregadero. Aunque el tiempo era excelente, por las noches refrescaba y se sentó junto al fuego de la chimenea, con la pipa entre los dientes y un libro en las manos. Pero Jack Bradford no tuvo tiempo de abrir el libro.

Fuera se oyó el rugido de un motor de automóvil. El chorro de luz de sus faros penetró un instante por la ventana. Casi en seguida, Rochester percibió el inconfundible sonido de un coche que se estrellaba contra un obstáculo.

Alarmado, soltó el libro y corrió hacia la puerta. Al abrir, presencié un singular espectáculo.

El automóvil se había detenido a veinte pasos escasos de la cabaña, al chocar contra un enorme pino. Las luces continuaban encendidas y el motor seguía funcionando. El conductor no parecía haber reparado en ello. Sin duda, pensó, mientras corría para auxiliar a los ocupantes del coche, cuya llegada se le antojaba absolutamente incomprensible, había perdido el sentido tras la colisión.

Al situarse junto al coche, se llevó una gran sorpresa. El conductor era una mujer, joven y hermosa, le pareció. Inmediatamente, cerró el contacto y cesó el ronroneo del motor.

Ella parecía sólo parcialmente inconsciente, aunque no daba la sensación de haber sufrido graves daños. Murmuraba palabras incoherentes, cuyo sentido no alcanzó a comprender Bradford. Sin embargo, se dijo que debía auxiliarla, por lo que abrió la portezuela y tiró de ella, hasta sacarla fuera del vehículo.

Entonces, la joven pareció recuperarse y abrió los ojos, aunque las piernas se negaban a sostenerla. Bradford tenía que sujetarla por la cintura para que no cayera al suelo.

—¿Es usted... Bradford? —preguntó ella.

—En efecto, ése es mi nombre, señora.

—Gracias a Dios... Al fin le he hallado...

La cabeza de la joven se dobló un instante a un lado.

—Dormir..., necesito dormir... No puedo resistirlo más... Me acosan constantemente...

La voz de la joven se convirtió en un murmullo inaudible. Bradford comprendió que había ido en su busca, aunque no los motivos por los cuales se hallaba en aquellos parajes y, alzándola en brazos, la condujo hasta la cabaña.

—Dormir..., dormir... —repitió ella de nuevo.

La cabaña disponía de dos dormitorios y Bradford la condujo al suyo propio. Ahora, con luz, al ver su rostro, le pareció que conocía a la recién llegada, aunque no lograba localizar el sitio donde la había visto antes.

La joven emitió un suspiro de satisfacción al sentirse rendida sobre una cama.

—Estoy bien..., sólo necesito dormir...

—Perfectamente, señora —dijo Bradford—. No se preocupe por nada; podrá dormir todo lo que se le antoje.

—Tenga cuidado... Me persigu...

La voz de la joven cesó súbitamente. Su pecho empezó a subir y bajar con regularidad.

Bradford sonrió, mientras le quitaba los zapatos. Luego cubrió su cuerpo con una manta, apagó la luz y abandonó la estancia.

En la sala, recobró su pipa y la encendió, mientras se preguntaba tanto por la identidad de la bella desconocida, como por sus motivos. Lo sabría al día siguiente, pensó.

Pero ella había dicho también que alguien la perseguía. Si era así, podían surgir complicaciones, por lo que resultaría prudente estar prevenido. Y Bradford tenía en su cabaña elementos para defenderse de intrusos hostiles.

Al cabo de un rato, provisto de una linterna, salió de la cabaña y se acercó al coche de la desconocida. Los daños no eran de importancia: el faro izquierdo roto y una abolladura en la carrocería. Pero el motor funcionaba perfectamente y no había ruedas deshinchadas.

Las llaves de contacto seguían en su sitio. Bradford abrió el maletero y

sacó el equipaje de la joven: un «necesser» de aseo y una maleta no muy grande con algunas prendas de ropa. En la maleta encontró un tarjetero con el nombre de la propietaria: Fay Rochester.

Bradford silbó.

—¡Claro que la conozco! —recordó súbitamente.

Momentos después, hojeaba en la cabaña una vieja revista. Su inesperada huésped aparecía en la página central doble, completamente desnuda, tendida sobre un gigantesco lecho de terciopelo verde oscuro. A un lado se veía algo muy parecido a un pebetero oriental, que despedía algunos chorros de tenue humo azulado, los cuales velaban, en parte, ciertas regiones de hermoso cuerpo de Fay Rochester.

Una fotografía magnífica, se dijo. Fay era una mujer de una pieza, pero los motivos de su estancia allí seguían constituyendo un enigma para Bradford.

—Mañana lo sabré —dijo al cabo.

* * *

La luna ascendió por encima de las copas de los árboles y derramó su pálida claridad sobre la tierra. En completo silencio, los dos hombres, armados con sendas pistolas, avanzaron hacia la cabaña, cuyas luces aparecían totalmente apagadas.

Incluso el porche permanecía a oscuras. Uno de los sujetos se acercó al automóvil que aún permanecía pegado al árbol, lo examinó unos momentos y luego se volvió hacia su acompañante.

—Es el de ella. Está aquí —dijo.

—¿Por qué diablos habrá tenido que venir a este lugar olvidado de la mano de Dios? —

rezongó el otro.

—No lo sé, pero pronto podremos preguntárselo a ella. ¡Vamos!

Los dos sujetos echaron a andar, uno tras otro, pero, en el mismo momento, se oyó el metálico sonido de un arma de fuego al ser cargada. Un segundo después, percibieron una voz a sus espaldas:

—¡Caballeros, deténganse, por favor! —dijo Bradford—. Les estoy

apuntando con un fusil de caza, que dispara proyectiles blindados de alta velocidad, calibre treinta. En la posición en que están, podría atravesar a los dos con un solo disparo, y a la bala aún le quedaría potencia suficiente para traspasar el cuerpo de una tercera persona.

Los intrusos se sobresaltaron terriblemente. Bradford continuó:

—Deben saber, además, que se encuentran en propiedad privada y que nadie alzaría un dedo contra mí por defenderme de dos atacantes que portaban armas de fuego. Por cierto, ¿quieren dejar caer sus pistolas?

Uno de los sujetos volvió la cabeza un instante, vio el rifle y dio un respingo.

—¡Demonios! —exclamó.

—Están debajo de ustedes, aguardando a que hagan el menor movimiento sospechoso, para llevárselos al infierno —dijo Bradford de buen humor—. Se lo ruego: dejen las pistolas. No me obliguen a apretar el gatillo.

Las armas hicieron un ruido sordo al caer sobre la hierba.

—Ahora, vuélvanse.

Los dos sujetos obedecieron. La luz de la luna incidió de lleno en sus rostros.

—Caramba, si parecen hermanos gemelos —exclamó Bradford.

—Lo somos —gruñó uno de ellos—. El apellido es Trutlin...

—¡Trutlin! Ahora lo recuerdo... Pero no son gemelos, sino trillizos. ¿Dónde está el tercero?

—En otro sitio, lejos de aquí —respondió el primero que había hablado—. Yo soy Nick y éste es Frank. Joe no ha venido.

—Nick, espero que sea sincero. Puede que Joe ande por ahí tratando de llegar por retaguardia, pero antes de que me mate, yo les llenaré de plomo.

—Le juro que aquí sólo estamos los dos...

—Muy bien, les concederé el beneficio de la duda. Y ahora, díganme, ¿por qué persiguen a la señorita Rochester?

—Nos debe un millón de dólares. Se lo robó a nuestro hermano Pete.

—¡Cuatrillizos! —resopló Bradford.

—No, Pete nació dos años más tarde. Era el más joven de los cuatro —manifestó Frank.

—Y ella, es decir, Fay Rochester, le birló un millón de dólares...

—Peté, desesperado, se voló la cabeza de un tiro —dijo Nick de mal talante.

—Naturalmente, ustedes quieren ahora vengar...

—Lo que queremos es el dinero, compréndalo de una vez.

—Y si ella no se lo da, la torturarán hasta conseguir sus propósitos, ¿no es así?

Las palabras de Bradford no obtuvieron respuesta esta vez. Los dos Trutlin se encerraron en un hosco silencio.

—Está bien —dijo Bradford al cabo de unos segundos—. Puedo admitir que Pete se suicidara por amor, si ella no le correspondía. A fin de cuentas, es una mujer muy hermosa, capaz de despertar grandes pasiones. Pero lo que no me creo en absoluto es que robase un millón a su hermano.

—¡Es cierto...!

Bradford atajó instantáneamente a Frank:

—¡Ya hemos hablado bastante! Márchense y no vuelvan. Si lo intentan, dispararé sin previo aviso.

—En tal caso, podría verse en un aprieto —rezongó Nick.

—Ustedes no conocen la región. Aquí se vive como en el siglo pasado. Usamos automóviles en lugar de caballos, pero, por lo demás, todo sigue igual. El sheriff de Clear

Creek es, además, un buen amigo y me conoce lo suficiente como para saber que no dispararía a nadie sin graves motivos legales para actuar contra la señorita Rochester, vayan a verle, denuncien el caso y, créanme, atenderá sus demandas con absoluta imparcialidad. Mientras tanto, se lo ruego por última vez: abandonen este lugar.

—De acuerdo, nos vamos —dijo Frank.

—Pero volveremos a vernos, Bradford —prometió el otro.

—Conozco la fama de los Trutlin y sé que no tiene nada de buena —dijo Bradford sin inmutarse.

—Nosotros también le conocemos a usted, aunque nos hayamos visto hoy por primera vez. Ella nos debe un millón y, créame, se lo arrancaremos de una forma u otra —dijo Nick rabiosamente, a la vez que echaba a andar.

Bradford quedó en el mismo sitio, perplejo y preocupado a un tiempo por las declaraciones de los dos hermanos que, en el fondo, le parecían sinceras. Por su profesión, estimaba, Fay debía de haber ganado mucho dinero, pero ¿era tanto como aseguraban los Trutlin?

¿De verdad había robado un millón al hermano muerto?

—Lo sabré cuando se despierte —decidió finalmente, mientras se sentaba en el último escalón del porche, dispuesto a vigilar durante un buen rato.

Pero los Trutlin ya no volvieron a dar señales de vida. Más tarde se dijo que ya era hora de dormir. Entonces, oyó un distante rugido y sonrió.

—Si lo llegan a ver... —murmuró, a la vez que entraba en la cabaña.

CAPITULO II

Estaba en la cocina, preparando unas truchas recién pescadas aquella mañana, cuando, de pronto, oyó una voz a sus espaldas:

—¡Señor Bradford!

—Bien, veo que ha despertado ya, señorita Rochester —dijo el dueño de la cabaña, sin volverse—. Supongo que tendrá apetito, de modo que, siéntese a la mesa y podrá disfrutar de unas truchas pescadas esta misma mañana.

—¿Qué hora es? —preguntó Fay—. He perdido la noción del tiempo...

—Son las doce y treinta y nueve minutos —informó Bradford—. Llegó alrededor de las ocho y media de la noche, lo cual significa que ha dormido dieciséis horas de un tirón. ¿Se siente ya mejor?

—Oh, sí, casi completamente bien... Anoche, supongo, debía de ofrecer un aspecto miserable... Apenas recuerdo nada... Estaba completamente agotada...

—Pude verlo —sonrió él—. Pero si ha recuperado el sueño atrasado, ahora debe llenar el estómago. Bien, la comida está lista. ¿Quiere sentarse?

Bradford se volvió. Ella estaba todavía en pie en el umbral. Se había arreglado, aunque tenía la cara limpia de maquillaje, pero le pareció que quizás así estaba más guapa. El pelo, color de bronce, aparecía cuidadosamente peinado. La indumentaria consistía en blusa blanca y pantalones de terciopelo negro, muy ajustados a su espléndida silueta.

La vieja revista, abierta por la página central, estaba sobre la mesa. Bradford la plegó, retirándola, antes de servir la comida. Ella enrojeció ligeramente.

—Sí; hubo un tiempo en que era modelo —dijo Fay al cabo de unos momentos.

—Por lo visto, ha dejado la profesión —sonrió él, mientras llenaba su plato.

—Hace un par de años. Fue una época de mi vida ya superada. Entonces, necesitaba algo de dinero.

—Todos lo necesitamos, en ocasiones. Incluso los Trutlin.

Fay tenía el tenedor en camino hacia su boca y suspendió el gesto.

—¿Cómo lo sabe? Yo no le he dicho nada todavía...

—Anoche estuvieron aquí. Usted mencionó que era perseguida... acosada, mejor dicho.

Consideré oportuno vigilar un rato. Fue una decisión acertada.

—Habló con ellos... Son una gente terrible...

—Los tipos más duros se encogen cuando se les apunta con un fusil de caza —sonrió Bradford—. Entonces me contaron lo de la muerte de Pete y el millón de dólares.

—¡Ese dinero es mío! —protestó Fay—, Me pertenece legítimamente y los Trutlin no tienen el menor derecho sobre esa suma.

—Entonces, es cierto —dijo él, asombrado—. Usted es la dueña de nada menos que un millón de dólares...

—Tengo más... Bueno, no llega a los dos millones, pero ellos quieren uno, alegando que fue Pete quien lo ganó. Y eso es una mentira total, absoluta. Pete recobró el dinero que invirtió en la operación, con un beneficio del ciento treinta por ciento. Lo demás, me pertenece, insisto.

Bradford meneó la cabeza.

—No lo entiendo en absoluto —manifestó—. Usted, una modelo fotográfica, de

considerable reputación profesional... ganó más de un millón de dólares... ¿Cómo, si puede saberse?

—No hay inconveniente. Soy economista titulada. Hice la carrera y me gradué con las mejores notas. Entonces, alguien me propuso posar para anuncios y acepté, porque me pagaban bien.

—Incluso consiguió la página central de esa revista.

Fay volvió a sonrojarse.

—Bueno, creí que debía acceder a la petición de... de Tim Fergus, el fotógrafo. Además, ya ha visto que el humo del pebetero vela... ciertas regiones...

—Sí, resulta más artístico que unas tiras de gasa. Supongo que usaría un ventilador,

¿no?

—Dos aspiradores —rió ella.

—Un truco muy ingenioso —convino Bradford—. Pero sigamos con lo del millón. ¿Qué sucedió, señorita Rochester?

—Bien, yo conocí a Pete... Era un muchacho agradable, simpático, muy atento...

—Y sobrevino el inevitable romance.

—¿Es malo admitirlo?

—En absoluto. A mí me hubiera gustado ser Pete Trutlin.

—Ahora está muerto. Supongo que sabe que se suicidó.

—Sí, me lo dijeron Nick y Frank. Siga su relato, entre bocado y bocado a estas exquisitas truchas —dijo él sonriendo.

—Son deliciosas, en efecto —admitió Fay—. Bien, mi objetivo, es decir, el de ganar algún dinero posando para Tim Fergus, ya había sido cubierto. Decidí utilizar mis conocimientos sobre economía y finanzas, y Pete me pidió tomar parte en el negocio, lo que yo acepté sin inconvenientes. El invirtió veinte mil dólares y ganó veintiséis mil. Y

entonces fue cuando se rompió la sociedad, porque no había papeles escritos.

—Eso no es suficiente motivo —alegó Bradford.

—Bueno, lo que quise decir es que Pete no tenía fuerza legal para obligarme a continuar siendo su socio. Rompimos, porque... —Fay vaciló un momento y luego continuó—: Me di cuenta de que no era el hombre bueno que yo había creído. Quería, no sólo dirigir mis asuntos económicos, sino tenerme en casa, poco menos que atada por un tobillo a la pata de una cama. Resultó ser un hombre terriblemente celoso y psíquicamente débil. Por eso se suicidó.

—Lo hizo al verse abandonado por usted, ¿no es cierto?

—Debo admitirlo —contestó ella con voz muy tensa—. Pero Pete empezaba ya a hacerme la vida insoportable. No podíamos seguir así ni un minuto más y rompí con él. En mis siguientes operaciones financieras. Pete no invirtió un solo centavo. Todo el dinero que ganó después, me pertenece de una forma absolutamente legal.

—¿Cómo lo ganó? —quiso saber Bradford.

—En la Bolsa, claro está. No iba a apostar en las carreras de caballo —dijo Fay vivamente.

Bradford la contempló con admiración.

—Tan joven... y ya ha sido capaz de ganar más de un millón...

—Pero no todo el dinero está en efectivo. La mayor parte sigue invertido en acciones

de seguro rendimiento. Y eso es lo que quieren los Trutlin, alegando

que es un dinero que fue conseguido mediante los préstamos de Pete.

—Lo cual es incierto.

—Absolutamente falso —dijo ella con gran énfasis—. Pete recibió hasta el último dólar invertido, más las ganancias conseguidas. Ya no le debía un centavo cuando se suicidó.

—Por lo visto, sus hermanos opinan de muy distinta manera.

—Han estado acosándome continuamente, día y noche, sin dejarme respirar siquiera, siguiéndome a todas partes, llamándome por teléfono continuamente a todas horas...

—Querían rendirla por cansancio.

—Sí. Yo ya no sabía qué hacer, cuando se me ocurrió llamar a un amigo, quien me recomendó a usted y me indicó dónde podía encontrarlo. Entonces, decidí venir a verle...

Sé que llegué, pero ya no recuerdo más. Estaba totalmente agotada.

—Lo sé —dijo Bradford—. En resumen, ¿qué quiere de mí, señorita Rochester?

—Protección contra los Trutlin. Le pagaré...

—Hablaemos de eso en otro momento. —Bradford sonrió al ver el plato vacío de Fay—. Ha hecho honor al menú —añadió.

—He comido como nunca —admitió ella—. Oiga, ¿vive usted aquí?

—Sólo en ocasiones. Tuve que retirarme una temporada por... Bueno, eso no importa ahora. Pero la cabaña y las tierras que la rodean son mías. Pertenecieron a la familia desde finales del siglo XVIII. Un Bradford llegó aquí, se estableció y...

—Admirable —calificó Fay—. Es un lugar encantador, a juzgar por lo poco que he podido ver...

La joven se interrumpió al notar que Bradford alzaba una mano.

—Viene alguien —exclamó, alarmada.

—Sí, pero no es enemigo —sonrió él—. Vaya al frigorífico y saque un paquete con cuatro kilos de carne, que guardo para mi invitado.

Fay se quedó estupefacta.

—Un invitado... capaz de comerse nada menos que cuatro kilos de carne.

—Haga lo que le digo, por favor.

Ella se puso en pie. Bradford se había levantado y caminaba hacia la puerta. Al abrirla, Fay, situada frente al frigorífico, oyó un sonido que le puso los pelos de punta.

—¡Un león! —gritó.

—Un puma —corrigió Bradford.

* * *

Era un animal enorme, vio Fay momentos más tarde, cuando, en la veranda. Bradford le dio la carne. La joven se sentía terriblemente aprensiva, pero él procuró tranquilizarla.

—Se le suele llamar león americano, pero es otra especie de felino. El nombre más apropiado es el de puma —explicó Bradford—. Un enemigo peligroso, desde luego —

añadió.

—Usted lo ha domesticado...

—Lo encontré junto a su madre, muerta por un cazador desaprensivo. Eran dos cachorros y aún no habían abierto los ojos. Apenas tenían una semana de vida. El otro no pudo sobrevivir. Debía de ser más débil que «Chet», pero con éste hice yo el papel de madre y se crió fuerte y robusto, como puede apreciar. Ahora es todo un adulto, que pesa casi ochenta kilos y mide dos metros y cuarenta y ocho centímetros, del hocico al extremo de la cola.

—Y es su amigo —dijo Fay, que no salía todavía de su asombro.

—Quizás él sigue creyendo que soy su madre —rió Bradford—. Pero cuando se hizo mayor, la naturaleza reclamó sus derechos y tuve que dejarlo marchar al bosque. Sin embargo, sigue considerando a la cabaña como el lugar de su nacimiento y viene en ocasiones a hacerme una visita. Por eso le tengo preparada siempre una buena ración de carne fresca.

El puma, mientras tanto, había devorado la carne y se tendió en la

veranda cuan largo era. Bradford se inclinó sobre él y le rascó la tripa un poco. El felino se volvió boca arriba y movió las patas, como si quisiera jugar.

—Una escena increíble —dijo Fay—, Si Fergus estuviera aquí, tomaría unas cuantas fotografías...

—Ya le daré alguna, hechas por mí —prometió el joven—, Y ahora, ¿por qué no continuamos con su problema?

—Se lo he contado todo. El resto, supongo, es cosa suya.

Bradford se pellizcó el labio inferior.

—Aunque no tenía el gusto de conocer personalmente a los Trutlin, he oído demasiadas cosas como para no saber la clase de tipos que son. Usted quiere que cese la persecución, ¿no es así?

Ella se puso tensa bruscamente.

—También quiero algo más —dijo.

—¿Sí?

—Tengo la seguridad, aunque no pueda probarlo, de que Pete no se suicidó. La policía dio por cerrado el caso, bajo el informe de suicidio. Yo opino todo lo contrario.

—Lo asesinaron.

Fay hizo un gesto afirmativo.

—¿Quién? —preguntó Bradford.

La joven extendió sus manos.

—Tiene que averiguarlo usted. Entonces, espero, los Trutlin me dejarán en paz.

—Un millón de dólares es una suma muy tentadora, señorita Rochester —le recordó él.

—Usted conseguirá terminar con el acoso de que soy objeto. No sé cómo lo hará, pero conozco su fama y sé que logrará que los Trutlin me dejen en paz.

—Bien, haré lo que pueda, aunque, por el momento, no estoy en

condiciones de garantizar...

Bradford se interrumpió bruscamente. Algo acababa de golpear la pared de la cabaña, muy cerca del suelo.

Apenas una fracción de segundo después, se oyó el estampido del disparo.

El puma, asustado, se incorporó y escapó con enormes saltos, en busca de la protección de la espesura. Bradford agarró a la joven por un brazo y tiró de ella hacia dentro.

—Tiéndase en el suelo —ordenó, justo en el instante en que sonaba el segundo disparo.

La puerta estaba todavía abierta y Bradford notó en el brazo izquierdo algo parecido a una quemadura. Pero no hizo caso y corrió a descolgar el fusil de caza que había utilizado la noche anterior.

Desde el suelo. Fay le contempló temerosamente. Ceñudo. Bradford sacó de un armario algo que parecía un anteojito de un solo tubo y lo puso encima del fusil.

—Me disparan desde unos ciento veinte metros y necesito ver bien quién es ese bastardo que trata de matarme sin haberle dado motivos —dijo.

Ella vio sangre en el brazo de Bradford y creyó que iba a desmayarse. El dueño de la cabaña se acercó a una ventana y, en el mismo instante, un proyectil rompió el cristal y se clavó en la pared opuesta, cerca del suelo.

Bradford disparó un par de tiros al azar. La respuesta fue una descarga cerrada por parte del atacante, un huracán de balas que destrozó la ventana por completo e hizo saltar por los aires algunos cacharros, a la vez que arrancaba astillas de los muebles y de las paredes.

Una bala pegó contra uno de los hierros de la chimenea y rebotó con espantoso chillido. Aterrada, Fay escondió la cabeza entre las manos, a la vez que se encogía sobre sí misma.

Furiosamente, Bradford lanzó una rotunda interjección. Luego exclamó:

—¡Me parece que ese tipo está buscándose un buen disgusto!

CAPITULO III

Fay, muy asustada, no se atrevía a moverse del lugar en que se hallaba. Notó que se hacía el silencio y luego oyó la voz de Bradford:

—Siga donde está y no se mueva para nada, señorita Rochester.

—Sí, sí... —contestó ella en tono apenas audible.

Ni siquiera se dio cuenta de que el joven corría hacia la trasera de la cabaña. Bradford salió por la puerta posterior, dejó el rifle en el suelo un instante y levantó una escalera que apoyó en la pared de la cabaña, al objeto de poder llegar al tejado sin dificultades.

Una vez arriba, reptó hasta situarse al abrigo de la chimenea de piedra. Frente a él, en una especie de callejón natural abierto entre los árboles había una pequeña eminencia, de la que sobresalía una roca desnuda, de una forma peculiar. Cientos de miles de años de trabajo de la naturaleza, habían esculpido lo que parecía una cabeza de caballo. En la base de la roca, brilló de repente un pequeño chispazo.

—Ya te tengo, miserable —dijo Bradford entre dientes.

El atacante volvió a disparar de nuevo. Ahora Bradford le podía ver perfectamente, merced a la mira telescópica. Aguardó a que cesara en el fuego y entonces apretó el gatillo.

Todavía en la misma postura, Fay percibió una detonación por encima de su cabeza.

Luego, cesaron todos los sonidos.

Al cabo de unos momentos, oyó nuevamente la voz del dueño de la casa:

—Ya puede levantarse. El peligro ha pasado.

Fay se incorporó. Bradford dejó el rifle en su sitio. Luego se acercó a un armario y abrió una puerta de dos hojas, dejando a la vista algo que la llenó de estupefacción.

Bradford movió un interruptor y descolgó el micrófono.

—AJWF-5 llamando a Central. Conteste. Central, por favor.

La joven se sentía pasmada. Segundos después, oyó una respuesta:

—Central a AJWF-5. Adelante.

—Por favor, conécteme con Landis. Es muy urgente.

—Espere un momento.

Sonriendo. Bradford se volvió hacia la joven.

—Derek Landis es el sheriff de Clear Creek y un buen amigo —declaró.

—Va a pedirle protección, supongo —dijo ella.

—No; pero tiene que enterarse de lo sucedido.

—El atacante ha escapado, supongo.

Bradford hizo un gesto negativo.

—Debió acertarme a la primera —contestó.

Fay sintió un escalofrío al comprender el sentido de la respuesta. Fue a decir algo, pero, en aquel momento, oyó una voz a través de la radio:

—Jack, soy Derek. ¿Te sucede algo?

—Un tipo ha disparado contra mí y me ha herido, aun que levemente. Yo me he defendido. Estaba en Horse Rock. ¿Puedes venir?

—Ahora mismo ordenaré que preparen el helicóptero. No toques nada. Jack.

—Descuida.

—Ah. ¿necesitas un médico?

—Si viene el forense contigo...

—Claro. Jack.

Bradford cortó la comunicación y miró sonriendo a su huésped.

—¿Se atreverá a hacerme una cura provisional? —consultó.

Fay empezó a reaccionar.

—Por supuesto —contestó—. ¿Dónde está el armario de las

medicinas?

Había sido un día muy agitado. Un mecánico de Cleark Creek vino con una grúa y se llevó remolcado el coche de Fay. El cadáver del atacante había sido transportado a la

«morgue» del pueblo. Landis, el sheriff, había prometido investigar sus antecedentes.

En el lugar donde había estado el sujeto, Landis encontró un montón de cartuchos y un par de colillas de cigarrillos muy especiales.

—Fumaba marihuana. Quizá por ahí sepamos algo —dijo al despedirse.

El muerto se llamaba Ray Hingleton. Bradford suponía que era un asesino a sueldo y se propuso averiguar algo del mismo en cuanto regresara a la ciudad.

Al quedarse solos, Bradford se volvió hacia la joven.

—Todavía quedan un par de horas de luz. ¿Quiere ver algo interesante, señorita Rochester?

—¿Otro puma? —sonrió ella.

—No, con uno tengo más que suficiente. —Bradford descolgó de la cocina un gran recipiente de hierro, de forma plana—. Venga, por favor.

Ella le siguió y, pocos momentos después, se adentraban en el bosque.

—Le envidio, señor Bradford —dijo—. Estas tierras son tuyas y es lo mejor que se puede poseer en este mundo.

—Con una excepción, señorita Rochester.

—¿Cuál es esa excepción?

—Una hermosa mujer, amable, cariñosa...

—Machista —le apostrofó ella, riendo.

—Pero esa hermosa mujer también me poseería a mí. No soy exclusivista, señorita Rochester.

—O sea, usted y ella, aquí...

—En este pequeño paraíso, en el que hoy ha aparecido una serpiente, a la que, por fortuna, he aplastado.

Fay se estremeció al recordar el tiroteo.

—Nunca me había visto en una situación semejante —confesó.

—Tampoco yo. No vaya a creerse que esto me sucede a diario..., pero dejemos el tema por el momento. Ya nos ocuparemos de él, cuando regresemos a la ciudad.

El bosque era espesísimo, pero, apenas a un par de cien tos de metros de la cabaña, los árboles se aclararon súbitamente y Fay se encontró en un lugar que le pareció lo más bello que había visto hasta aquellos momentos.

Una ancha catarata descendía de un acantilado, situado a unos doce metros de altura, formando un amplio remanso de aguas cristalinas, que casi parecía una piscina artificial.

—Aquí vengo yo a bañarme con frecuencia —dijo Bradford—. Pero todavía no ha visto

lo mejor.

El joven caminaba por el borde rocoso del remanso. Estupefacta, Fay vio que se dirigían hacia la catarata. Casi sin saber cómo había sucedido, se encontró al otro lado de la cortina de agua.

Entonces vio un túnel abierto en el paredón rocoso. Rezumaba agua por todas partes y el estruendo resultaba ensordecedor, pero la salida estaba relativamente cercana y había la suficiente luz para poder caminar sin temor a tropezones.

En menos de dos minutos, se encontraron en el fondo de un enorme pozo, que más bien parecía el cráter de un volcán. La joven continuaba sin salir de su asombro.

Al llegar al otro lado. Bradford se volvió hacia ella.

—Es usted una de las poquísimas personas que conocen este secreto —dijo sonriendo—. Si un día está en mi cabaña y se siente amenazada, corra a esconderse aquí.

Nadie la encontrará. se lo aseguro.

—Salvo los que conocen...

—Son personas de absoluta confianza.

Bradford se detuvo poco después, a la orilla del arroyo, en un lugar donde abundaba la arena. Metió la sartén en el agua y la llenó de arena. Luego empezó a moverla de una forma peculiar.

Fay contemplaba las acciones del joven, sin comprender su objeto. Al cabo de un cuarto de hora. Bradford dejó la sartén en el suelo, sacó un pañuelo.

— Ponga las manos extendidas, pero juntas —indicó.

Fay obedeció. Bradford colocó entonces el pañuelo sobre las manos. Luego recobró la sartén e inclinándola, limpió con los dedos el polvo amarillo que había quedado en el fondo, después del lavado de la arena, haciéndolo caer al pañuelo.

—¡Es oro! —gritó ella, estupefacta.

—En efecto, oro de placer, de la mejor calidad —confirmó Bradford alegremente.

Después de dejar la sartén en el suelo, juntó los picos del pañuelo, hizo unos nudos y.

finalmente, volvió a ponerlo en manos de la joven—. Bien, ya tiene usted para un anillo

—agregó.

Fay se sentía como en sueños.

—No me lo puedo creer —dijo—. Si hay oro, usted debe de ser fabulosamente rico...

—Está exagerando. Si trabajase el placer hasta su agotamiento, obtendría solamente diez o doce mil dólares y no me interesa, como puede comprender.

—Entonces, sólo viene aquí... eventualmente.

—Cuando encuentro a alguien que merezca ser conocedor de este pequeño secreto.

Fay notó que Bradford la miraba fijamente y se ruborizó.

—¿Podrá... resolver mi problema? —murmuró.

—Sin la menor duda —contestó él firmemente.

* * *

Cuando, al día siguiente, se disponían a salir para emprender el regreso, Bradford se volvió hacia la joven, ya ataviada y con un aspecto notablemente mejor que a su llegada.

Pero Fay se le anticipó en hablar.

—Nunca olvidaré estas dos noches transcurridas aquí —manifestó.

—No se lo repita a nadie —dijo él—. Podrían interpretarlo mal.

—Usted sabe bien por qué lo digo. He sentido una paz infinita, una calma absoluta...

Jamás había dormido tan apaciblemente...

—Podrá volver aquí cuando guste, aunque yo no esté. Sobre todo, cuando haya cesado el acoso de los Trutlin, cosa que sucederá muy pronto.

—¿Piensa verles?

—Será lo primero que haga, después de haber recogido ciertas informaciones que estimo necesarias. Y ahora, vámonos ya...

Bradford abrió la puerta para que ella pasara en primer lugar, pero apenas habían cruzado el umbral, Fay lanzó un grito de susto.

Los ojos de Bradford contemplaron ceñudamente al sujeto que estaba frente a ellos, empuñando dos pistolas automáticas.

—¡Usted, adentro! —dijo el hombre, refiriéndose a Bradford—. Tú, maldita zorra, vas a venir conmigo...

—¡Es Joe Trutlin! —dijo Fay, terriblemente acongojada.

—Ah, el trillizo que faltaba —sonrió Bradford, sin dejar se amedrentar por los dos pistolones del sujeto.

Joe movió la mano izquierda.

—¡Adentro! —ordenó—. Y no se mueva, si no quiere que le vuele los sesos, ¿me ha oído?

—Joe, en su lugar, yo dejaría caer las pistolas —aconsejó el joven tranquilamente—,

«Chet» se está poniendo nervioso y, cuando se excita, saca a relucir un mal genio realmente imposible.

Un sordo gruñido sonó de pronto en uno de los extremos de la veranda. Fay volvió la vista y vio al puma agazapado, con todo el vientre pegado al suelo y la cola oscilando lenta mente a un lado y a otro.

El felino abrió la boca para emitir un gruñido, enseñando unos colmillos de aspecto aterrador. Joe Trutlin empezó a temblar.

—No dispare. Joe —aconsejó Bradford calmosamente—. Sólo conseguirá herirle y se enfurecerá de una forma como no puede imaginarse siquiera.

—Está amaestrado y le obedece ciegamente —añadió Fay.

Trutlin no se atrevía a respirar siquiera. Sin mostrar la menor alteración. Bradford se acercó al intruso y le quitó las pistolas.

El puma pareció relajarse, observó Fay, muy aliviada. Bradford dejó las armas a un lado y luego, sin previo aviso, disparó un seco puñetazo contra la mandíbula del sujeto.

Trutlin cayó como un fardo. Bradford se inclinó sobre él y se lo cargó al hombro sin esfuerzo aparente.

—Lo dejaremos en Clear Creek al pasar, al cuidado de mi buen amigo Landis —dijo, después de haberlo arrojado al interior del coche.

De pronto, Fay sintió un roce en la pierna izquierda. Bajó la vista y, asombrada, vio al

puma que se frotaba contra ella, a la vez que ronroneaba plácidamente.

A pesar de todo, no se atrevía a moverse. Bradford observó la escena y se echó a reír.

—Le ha caído bien, señorita Rochester —dijo—. A partir de ahora, tiene un seguro defensor más. No arriando la ganancia al que intente hacerle daño, estando «Chet» a su lado.

—Es increíble —dijo ella, al recobrar la respiración—. Cuando lo

cuenta, nadie me lo creará...

—¿Y por qué tiene que contarlo a nadie?

—Una recomendación muy juiciosa —admitió la joven.

* * *

El hombre que estaba sentado en el sillón, puso los codos sobre los brazos del mismo, juntó las yemas de los dedos y miró fijamente a su visitante.

—Una buena pregunta, Jack —dijo Dudley Farralon, teniente jefe de la Brigada contra el Vicio de la Policía—. Sí, conozco mucho a los Trutlin y no puedo decir de ellos ni tanto así de bueno.

—Yo también había oído hablar de ellos, pero tú conoces más detalles de sus vidas.

¿Qué más puedes contarme de ese trío de granujas?

—Son los hombres de confianza de Randall Peters, dueño de unos cuantos garitos y conocido apostador profesional, que ha «arreglado» más de una carrera en el hipódromo. Peters es un tipo muy listo que, sin embargo, no tiene jamás problemas con la ley. Pero todos sus trabajos sucios son hechos por los Trutlin.

Bradford se acarició la mandíbula pensativamente.

—Resulta incomprensible la forma en que esa chica se juntó con los Trutlin. Ella parece honesta...

—Fay sólo iba con Pete, el que se suicidó. Era el único decente de la familia... pero sólo hasta cierto punto.

—¿Qué quieres decir. Dudley?

—Pete desdeñaba mezclarse en los asuntos de sus hermanas. Tenía más pretensiones y ciertas cualidades, que le permitían obtener buenas ganancias, sin ensuciarse las manos, ni pegar palizas a deudores recalcitrantes o comerciantes que no aceptaban la

«protección» de Peters.

—A pesar de todo, sigo sin entender...

—Pete era un hombre muy atractivo y sabía aprovecharse de sus

encantos varoniles.

La señorita Rochester no fue la única en caer en sus redes amorosas, que luego le proporcionaban saneados ingresos.

Bradford hizo un gesto de aquiescencia.

—Ahora ya lo entiendo —sonrió—. Era un tipo que vivía a costa de las mujeres.

—Exacto.

—Pero esos tipos no suelen suicidarse por amor, Dudley.

Farralon se encogió de hombros.

—No me encargué yo del caso. El dictamen fue suicidio, es todo lo que puedo decirte.

—Oficialmente, claro. Pero, ¿cuál es tu opinión personal sobre el asunto?

—Verás. Jack... Pete, si ella tenía dinero, no hacía distinguos sobre su estado civil.

—O sea, no le importaba que estuviese casada, si podía obtener un buen botín y no solamente... amoroso.

—Es que para Pete el principal encanto de una mujer estaba en su cuenta corriente —

rió el policía.

—Comprendo. Entonces, tú opinas que pudo hacerlo... un marido burlado, por ejemplo.

—No quisiera exagerar, pero hay al menos media docena de tipos que, de buena gana, hubieran metido una bala en la sesera de Pete. Eso sin contar otros que, aunque no casados, no se sentían muy satisfechos con la conducta de la mujer... digamos amada.

—Tendré que investigar en esa dirección —suspiró Bradford—. Una última pregunta, Dudley. ¿Qué puedes decirme de Ray Hingleton?

—Era un asesino a sueldo, es todo lo que sé, Jack.

CAPITULO IV

Al salir de la Jefatura, Bradford se preguntó quién habría podido pagar a Hingleton para que le asesinara. Sabía que tenía enemigos, pero ninguno de la envergadura suficiente como para pagar a un asesino profesional.

—¿No trataría de matar a Fay? —dudó repentinamente.

Era una idea que no se le había ocurrido hasta el momento. De pronto, recordó un detalle.

Buscó con la vista una cabina telefónica. Apenas distinguió una, arrimó el coche a la acera y saltó al suelo.

Momentos después, estaba en contacto con Fay.

—Tengo que preguntarle algo —dijo—, ¿Quién le recomendó para que me buscara y resolviera sus problemas?

—Un amigo que le conoce bien, según me informó. Judson Mallory, el actuario principal de la compañía de seguros Barstow Life.

—Le conozco —dijo Bradford pensativamente—. Aunque no se puede decir que hayamos tenido un trato continuo ni se pueda llamar amigo íntimo precisamente. Está bien, de todos modos, gracias, señorita Rochester.

—El me recomendó tanto a usted...

—Comprendo —respondió al joven, mientras se preguntaba qué clase de relaciones podían haber unido a Fay con un actuario de seguros—, A propósito, me dijo que Pete estaba locamente enamorado de usted.

—Cierto. Nunca había visto a un hombre tan apasionado.

—Y amenazó con suicidarse si usted cortaba las relaciones.

—Sí, aunque nunca creí... Ya sabe lo que pienso: fue asesinado.

—¿Por qué, señorita Rochester?

—No lo sé. Era un Trutlin y esa familia no tiene buena fama.

Fay estaba equivocada, pero no quiso decírselo. Seguramente, ignoraba la clase de nombre que había sido en realidad Peter Trutlin.

—Sus hermanos no han vuelto a molestarla, supongo.

—Por ahora, no, señor Bradford.

—Está bien, llámeme si hay alguna novedad en ese sentido.

—Desde luego. Ah. una cosa... No hemos hablado aún de sus honorarios.

—Todo llegará, no se preocupe.

Bradford colgó el teléfono y regresó al coche. ¿Debía visitar a Mallory?, se preguntó.

Pero antes quería más información sobre los Trutlin y sabía quién podía proporcionársela.

* * *

El tipo estaba sentado ante una mesa, en un rincón del bar, jugando un solitario.

Bradford se sentó frente a él y aguardó en silencio unos momentos.

Al fin. Mark Woodson levantó la cabeza y sonrió.

—Algo te preocupa. Jack —dijo.

—Pete Trutlin —contestó Bradford escuetamente.

Woodson reunió las cartas y empezó a barajarlas.

—Media docena de esposos se emborracharon el día en que se dio la noticia de su muerte. Otros tantos tipos vaciaron sendas botellas de champaña. Y quince o veinte mujeres lloraron como Magdalenas. ¿Quieres saber algo más?

—Es decir, no se suicidó.

Woodson hizo una mueca.

—Tenía un buen «oficio». Ganaba dinero en abundancia. ¿Por qué saltarse la tapa de los sesos?

—Hubiera sido del género idiota, en efecto —convino Bradford.

—Estaba desligado de sus hermanos, profesionalmente, por supuesto. Los otros son toscos, duros, aficionados a resolver problemas a base de fuerza. Pete era más inteligente, pero sólo hasta cierto punto.

—¿Qué quieres decir. Mark?

—Pete debiera haberse dado cuenta de que no podía seguir estirando la cuerda indefinidamente. Alguien le daría un día su merecido y eso es lo que sucedió.

—Un marido engañado...

Woodson levantó los hombros.

—Fue un asunto muy bien ejecutado —respondió.

—Engañó por completo a la Policía.

—Absolutamente. Jack.

Bradford meditó unos segundos. Luego volvió a hablar:

—Mark, tú dices que había muchos tipos que le tenían ganas. Pero, por lo visto, llevaba ya mucho tiempo en la profesión. ¿Cómo no lo «apiolaron» antes?

—Muy sencillo. Pete tenía cartas de las prójimas a las cuales había sacado dinero. No se le ocurrió nunca hacer chantaje, pero sí consideraba las cartas como una especie de seguro de vida. Aunque... ¿quién sabe?, más adelante, si las cosas se le hubieran puesto feas, las habría utilizado para sacar más dinero...

—Comprendo. ¿Sabes si esas cartas han salido a relucir?

—No. De lo contrario, se hubiera organizado un escándalo de proporciones inimaginables. Hubieran sido publicadas en los periódicos y nadie ha dicho una palabra sobre el particular.

—Entonces, la lectura de esas cartas, podría proporcionar valiosa información —supuso Bradford.

—No estaría de más leerlas, pero, ¿dónde se hallan ahora?

Bradford asintió. Metió la mano en el bolsillo y preguntó:

—¿Cuánto, Mark?

Woodson hizo un gesto benévolo.

—Eres un buen amigo —contestó.

—Al menos, deja que pague el gasto —sonrió el joven.

Dos billetes de veinte dólares quedaron sobre la mesa.

Bradford se levantó y fue al teléfono que estaba en un rincón del local.

Fay atendió la llamada inmediatamente.

—¿Sucedó algo? —quiso saber.

—Una pregunta indiscreta, señorita Rochester. ¿Conoce usted el apartamento de Pete Trutlin?

Bradford notó cierta vacilación en la joven.

—Escúcheme —dijo—. Todo lo que usted haya podido hacer, es absolutamente confidencial y debe tener la seguridad de que no lo repetirá a nadie. Pero no puedo ayudarla si usted no coopera.

Fay lanzó un profundo suspiro.

—Conozco el apartamento y tengo todavía una llave —respondió al fin.

—¡Magnífico! Eso me ahorra el inconveniente de tener que usar una ganzúa. Esté preparada dentro de treinta minutos; pasará a buscarle, ya que quiero que me acompañe.

—Pensé que sólo querría la llave...

—Usted también —dijo él con voz firme.

—De acuerdo —accedió Fay resignadamente.

* * *

Bradford observó cierta indecisión en Fay a la hora de entregarle la llave, cuando ya estaban ante la puerta del apartamento de un supuesto suicida.

—No le gusta volver aquí —adivinó—. Le trae malos recuerdos.

—Hubo un tiempo en que creí que guardaría los mejores recuerdos de mi relación con Pete. Luego... las cosas cambiaron...

—Pete no se merecía lo que usted pudo sentir por él —manifestó Bradford hoscamente.

Abrió la puerta, dejó que ella pasara y cerró a continuación.

—Señorita Rochester, dijo que Pete había enloquecido por usted. ¿Sabía que antes se lo dijo a otras mujeres?

Ella se volvió rápidamente.

—Suele suceder... pero no a muchas —contestó—. Me parece una exageración...

—Pete vivía de sus atractivos personales. Con usted ganó veintiséis mil dólares, ¿no es cierto?

—Sí, pero invirtió veinte mil...

—¿De dónde los sacó? ¿Quién le dio ese dinero? ¿Sabe siquiera en qué trabajaba?

—Era vendedor. Tenía buenas ganancias...

Bradford rió críticamente.

—Vendedor de... su virilidad —dijo con crudeza.

Fay se sofocó hasta la raíz del pelo.

—No lo puedo creer. Pete se apasionó por mí exagerada mente, pero no era un vividor...

—Recibió muchas cartas de mujeres casadas y no casadas, pero todas con un lazo en común: le dieron dinero. Y. tal vez, un marido engañado le voló los sesos y luego simuló

el suicidio.

Ella se sentía enormemente sorprendida.

—¿Habla en serio?

—No bromeo. Y. puesto que usted conoce tan bien el apartamento, empezará ahora mismo a guiarme, pensando en el lugar en que Pete pudo esconder lo que yo imagino es un buen fajo de cartas, atadas con una cinta o una goma. ¿Lo ha comprendido, señorita Rochester?

—Sí, señor Bradford —contestó ella con mansedumbre.

—Entonces, no perdamos más tiempo. —La mano del joven tocó

levemente su brazo—.

Es hora de que comencemos a buscar y usted sabe mejor que nadie por dónde empezar.

—La verdad es que no... —Fay se mordió los labios un instante y luego echó a andar resueltamente a través de la sala—. Pete tenía un gabinete de trabajo —añadió—. Allí despachaba sus negocios, según decía.

Bradford ya no quiso hacer más comentarios sobre el difunto, por no aumentar la frustración de la joven. Pero, se dijo, era fácil imaginarse la clase de negocios a que se dedicaba el menor de los hermanos Trutlin.

El apartamento, apreció, estaba montado con lujo y un gusto bastante aceptable. Era una excelente decoración para la clase de visitas que, sin duda, había recibido Peter Trutlin en sus mejores días.

Continuando sus reflexiones, pensó que la policía habría registrado el apartamento, aunque sin esmerarse demasiado, ya que, desde el primer momento, había sido aceptado la tesis de suicidio. Probablemente, y de haberse tratado de otra persona, se habría realizado una investigación a fondo, pero dados los antecedentes de la familia, el encargado del caso no habría querido complicarse la vida.

—Lo cual es bastante lógico, por otra parte —murmuró.

Fay estaba ya en el despacho y se volvió hacia el joven.

—¿Decía...?

Bradford emitió una sonrisa de circunstancias.

—Nada, hablaba conmigo mismo. —Agitó una mano—. Siga. siga...

De pronto, vio algo que le chocó extraordinariamente. Junto a la mesa de trabajo, había otra sobre la cual había un objeto de forma cuadrada, cubierto por una falda de plástico.

Movido por la curiosidad, levantó la funda y vio algo que le hizo sonreír.

—Una copiadora portátil —dijo—. Por lo visto, le gusta ba estar al día en cuestión de material de... «oficina».

—Era un hombre muy ordenado, si es eso lo que quiere decir —

contestó la joven con cierta sequedad en el acento.

—¿Todavía lo recuerda?

—Por favor —dijo Fay crispadamente.

—Lo siento —se disculpó Bradford.

Fay estaba tras la mesa, hurgando los cajones, en los que no parecía haber nada importante. De pronto, se oyó un chasquido y un compartimento secreto quedó al descubierto en uno de los cajones.

Ella metió la mano y la sacó inmediatamente, enseñando con gesto de satisfacción un voluminoso paquete de papeles, atado con una ancha cinta roja.

—¿Era esto lo que buscaba, señor Bradford?

—Yo también buscaba esas cartas y he venido a llevármelas —sonó de repente una voz en la entrada del despacho.

Los ojos de Fay expresaron temor instantáneamente. Bradford se volvió con rapidez y contempló al sujeto que se hallaba en el umbral, apuntándoles con un revólver.

CAPITULO V

Era prácticamente imposible captar detalles de las facciones del recién llegado, ya que tenía los ojos cubiertos por unas gafas oscuras de grandes dimensiones. El sombrero que llevaba estaba calado hasta las cejas y subido hasta la boca el cuello del impermeable con que envolvía su cuerpo, de modo que lo único que quedaba a la vista era la nariz.

Por si fuese poco, tenía las manos enguantadas. Bradford se dijo que, incluso, había disfrazado la voz, haciéndola deliberadamente engolada, para no ser reconocido algún día.

Pero la amenaza del revólver era demasiado patente para no tomarla en serio.

—De modo que buscas las cartas —dijo, tras una corta pausa de silencio.

—He venido a llevármelas —manifestó el desconocido—. No quisiera tener que recurrir a la violencia, pero si me obligan, apretaré el gatillo.

Fay se volvió hacia el joven.

—¿Tenemos que entregárselas? —consultó.

El desconocido movió la mano, antes de que Bradford pudiera responder.

—Es algo inevitable —dijo—. Señora, avance con cuidado y déme las cartas. Usted —se dirigió a Bradford—, permanezca donde está y no se mueva en absoluto. Si hace el menor gesto, ella morirá en el acto. ¿Lo ha comprendido?

—Déle las cartas, Fay —indicó el joven tranquilamente.

Ella apretó los labios y avanzó hacia el sujeto. Este, con la mano izquierda, se apoderó del fajo de cartas.

—Retroceda, señorita —ordenó.

Fay obedeció en silencio. El desconocido empezó a caminar hacia atrás.

—No intenten seguirme —dijo—. A fin de cuentas, estas cartas no están relacionadas con ninguno de los dos y su contenido no les importa en absoluto. Ni tampoco puede perjudicarles, claro.

—Un razonamiento irrefutable —admitió Bradford.

El sujeto cerró la puerta de golpe. Fay dio un paso hacia adelante, pero Bradford la retuvo por un brazo.

—No se moleste —dijo.

—Pero ese hombre... —exclamó Fay, indignada.

—Está armado y ése es motivo suficiente para ser prudentes.

Ella le miró casi con desprecio.

—Ahora no tenía a «Chet» a su lado, ¿verdad?

Bradford sonrió ligeramente.

—Tenía algo mejor —se señaló la frente con el índice—. Mi cerebro.

—No entiendo...

El joven dio media vuelta bruscamente y se acercó a la ventana.

—Estamos en una cuarta planta —dijo—. El ladrón no podrá salir disfrazado como un espía de opereta. Tendrá que ofrecer un aspecto más normal y quizá pueda captar algunos detalles, que me permitan identificarlo más adelante.

Fay se aproximó también a la ventana. En aquel momento, un hombre salía de la casa,

con el impermeable al brazo, caminando de una forma enteramente natural.

—Está de espaldas —dijo ella—. No podrá ver gran cosa...

Súbitamente, cuando el ladrón llegaba ya al borde de la acera, un hombre salió a su encuentro.

El ladrón se detuvo. El otro tenía un revólver en la mano y, sin más preámbulos, empezó a disparar.

Fueron cuatro estampidos. El ladrón elevó los brazos al aire, se

tambaleó y luego cayó al suelo. Su asesino se inclinó, agarró el impermeable con la mano libre y echó a correr hacia un coche que había parado a poca distancia, el que arrancó de inmediato a gran velocidad, antes de que nadie pudiera darse cuenta exacta de lo que había sucedido.

Fay contempló la escena y sintió que todo daba vueltas a su alrededor. Al percatarse de lo que le sucedía, Bradford se apresuró a sostenerla con el brazo por la cintura.

—Repórtese, esfuércese por mantenerse firme —exclamó—. La policía vendrá muy pronto y querrán interrogarnos.

—De... deberíamos escapar... —sugirió Fay con voz muy débil.

Bradford lanzó una mirada hacia la calle. En la acera, el ladrón de las cartas había dejado de moverse. Debajo de su cuerpo había un charco de líquido que se ensanchaba lentamente.

—Es lo peor que podríamos hacer —dijo.

* * *

En el apartamento quedaba todavía una botella de whisky mediada. Bradford llenó dos vasos y entregó uno a la joven.

—Tiene que quitarse parte de la ropa —indicó.

—¿Para qué? —exclamó ella, asombrada.

—La policía interrogará a todos los ocupantes del inmueble. Usted y yo tenemos que dar la sensación de que estábamos aquí para... Bueno, ¿es que no se siente capaz de imaginárselo?

Fay se ruborizó.

—Sí, claro... Oiga, si hemos de aparentar que estábamos aquí para... para eso... yo podría ponerme ciertas prendas que contribuirían mejor a... a la representación.

—¿Qué prendas? —inquirió Bradford.

Fay sonrió burlonamente.

—¿Es que no se siente capaz de imaginarlo? —remedó.

—Oh... —El joven se dio una palmada en la frente—. Cómo no se me

había ocurrido...

Debo de ser muy duro de mollera para ciertos asuntos.

Fay echó a andar hacia el dormitorio y él la siguió. Bradford silbó al ver el lujo con que estaba montada la pieza.

—¿Venía aquí con frecuencia? —preguntó.

—Usted, ¿qué cree?

Toda la pared del dormitorio era un enorme espejo, que llegaba desde el techo hasta el

suelo. Pero no eran sino varias puertas que ocultaban un armario ropero. Al abrir una de ellas, Bradford observó que estaba forrada en acolchado de cuero color claro, muy elegante.

Fay descolgó un peinador y un camisón de encaje negros.

—Me pondré esto... y usted, quítese la chaqueta y afloje la corbata, hombre.

—Oh, sí, claro..., dispense...

—Pero no se quede aquí mientras me cambio de ropa. Y si está pensando en que Pete me veía cambiarme de ropa, tenga en cuenta que era, y sigo siendo, una mujer libre y dueña de su propio destino.

—Jamás se me ocurriría formularle el menor reproche por su conducta pasada —dijo él, mientras daba media vuelta para salir del dormitorio.

En la calle se había formado ya un tumulto considerable. Dos coches de la policía habían llegado y sus ocupantes trataban de resolver la situación lo mejor que podían. Bradford se puso un cigarrillo en los labios, tratando de calcular cuánto tardaría un policía en llegar a preguntarles si habían visto algo.

De repente, oyó la voz de Fay:

—¿Qué le parece, señor Bradford?

El joven se volvió y la miró durante unos instantes.

—Arrebatadora —dijo—. ¿Es suyo el equipo de noche...?

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

—Pete recibía aquí a otras damas. Supongo que no lo ignora.

—Eso lo hizo antes de conocerme a mí...

—No sea ingenua. ¿Venía usted aquí a diario?

Fay vaciló.

—No, claro que no... Pero él se había apasionado por mí, como jamás lo estuvo antes por otra mujer...

—Es lógico. Ninguna de sus amantes podía ofrecerle la perspectiva de casi dos millones de dólares. Pero vivía de las mujeres, es algo que debe meterse en la cabeza, porque tengo la impresión de que todavía le echa de menos.

—Señor Bradford, no le permito —dijo ella, furiosa.

—Tiene que acostumbrarse a oír las verdades, aunque no le gusten —atajó él—. En su caso, yo soy un espectador imparcial y no me dejo llevar por prejuicios ni sentimientos.

El pasado no se puede borrar, aunque resulte desagradable.

—Entonces, ¿va a estar recordándomelo toda la vida?

—No, ni aunque la pasara junto a usted. Pero está claro que eso no va a suceder.

Cuando haya aclarado este asunto, dejaremos de relacionarnos, naturalmente.

—Sí, creo que será conveniente.

De pronto, llamaron a la puerta.

—La policía —dijo Bradford—, Déjese ver y procure mostrarse asustada, aunque no demasiado. Yo me encargaré de contestar a todas las preguntas, ¿entendido?

Echó a andar hacia la puerta. Por encima del hombro, añadió:

—Si acaso, diga que estaba en el baño y que el ruido del agua de la ducha no la dejó oír nada.

Fay lanzó un suspiro de alivio cuando Bradford hubo cerrado la puerta.

—Bueno, ahora iré a cambiarme de ropa otra vez...

—Aguarde un momento.

Fay giró en redondo y le contempló con curiosidad. El joven estaba hurgando en uno de sus bolsillos, hasta extraer un pequeño cortaplumas, que enseñó con rostro de satisfecho.

—Antes me dijo usted que no tenía a «Chet» a mi lado —recordó.

—Dispense —rogó ella, con las mejillas encarnadas—. Se me escapó sin querer...

—Siempre soy prudente cuando el otro es más fuerte que yo —sonrió Bradford—, Pero también le dije que tenía algo mejor: mi cerebro.

—Es cierto. El cerebro es la mejor arma...

—Pete Trutlin pensaba también lo mismo. Por eso tenía una copiadora en su despacho.

¿No dijo usted igualmente que era un nombre muy ordenado?

Ella abrió la boca, estupefacta.

—Creo que comprendo...

—Un hombre de negocios ordinario siempre tiene copias de sus documentos.

—No me lo puedo creer... pero, entonces, ¿dónde están esas copias?

—Si no hubiera visto la máquina, tal vez hubiera intentado algo contra el ladrón, pero después de saber que había una copiadora, pensé que Pete habría sido lo suficientemente astuto como para sacar copia de una carta, apenas recibida. Y, después, guardarla, naturalmente.

—¿Dónde? —preguntó Fay, ansiosa.

—Ahora lo vamos a ver.

Bradford avanzó hacia el dormitorio y abrió una de las puertas de espejo.

Inmediatamente, empezó a desprender los bordes del acolchado.

Había cuatro puertas y encontraron las cartas en la segunda, tras haber quitado todo el forro interior. Las fotocopias estaban pegadas en la madera, formando una hilera de papeles que llegaban hasta el suelo. Habían sido colocadas como las tejas de un tejado, traslapadas, muy juntas, pero ninguna quedaba pegada sobre la superior, sino, simplemente, sujetas a la madera por tiras de papel adhesivo.

—Es fantástico —dijo Fay—. ¿Para qué quería Pete guardar copias de las cartas?

Bradford tomó una al azar y leyó:

—«Queridísimo Pete: Eres un canalla. Hace un siglo que no me llamas. ¿Cuándo podré tener la dicha de oír tu voz de nuevo y que me cites para abandonarme en tus brazos al divino delirio del amor?» —Bradford sonrió burlonamente—. La verdad es que algunas mujeres son el alcaloide de la tontería —comentó.

Los ojos de Fay brillaban de un modo especial.

—¿Eso es todo? —preguntó—. No resulta muy comprometedor, me parece.

—Aguarde un momento. La carta sigue: «¿Recibiste mi cheque de dos mil quinientos dólares? No te pido que me devuelvas el dinero; sólo quiero que te sirva para realizar el excelente negocio que me dijiste. Pero llámame pronto; estoy que no duermo por ti. Tu apasionadísima, Evvie.»

La joven se puso las dos manos en la cara.

—Era tonta, tonta de remate... Y me parece que yo también, durante un tiempo...

—Usted supo advertirlo oportunamente y no tiene que hacerse ningún reproche.

Porque no me lo ha querido decir, pero apostarí a que terminó por enterarse de que Pete no le era fiel, ¿verdad?

—Sí —admitió Fay con un suspiro—. Aunque nunca me imaginé...

—Supo cortar a tiempo y eso es suficiente. Ahora yo me dedicaré a estudiar toda esta correspondencia, a ver si puedo sacar conclusiones que me permitan identificar al asesino de Pete.

—¿Cree que...?

Bradford hizo un gesto afirmativo, a la vez que daba media vuelta.

—Sí, casi estoy seguro —contestó—. Ande, cámbiese de ropa; tenemos que marcharnos.

Ella le llamó de pronto:

—¡Jack!

El joven se volvió.

—¿Sí?

—Tengo que decirle algo. —Fay se señaló las prendas que todavía llevaba puestas—.

Hoy he estrenado este equipo —declaró con voz firme.

—No cabe duda, soy un hombre afortunado —contestó él sonriendo.

Mientras aguardaba a Fay en la sala, hojeó las firmas de algunas de las cartas. Aparte de Evvie, cuyo nombre le resultaba vagamente conocido, encontró dos «Rosie», una «Flor de Mezquite», un «Lirio del Valle», una «Rosa de Plata», una «Llama Inextinguible » y una

«Terry Smith».

—Todos seudónimos, no cabe duda —murmuró—. Pero, ¡qué hombre! —añadió, admirado—. ¿Qué las daba para enloquecerlas de tal modo?

CAPITULO VI

El muerto se llamaba Ben Resson y la policía, según pudo leer Bradford al día siguiente en los periódicos, estaba desconcertada, puesto que se trataba de un nombre de irreprochables antecedentes, al que no se le conocían enemigos, y propietario de una próspera tienda de aparatos fotográficos.

Por las cartas, era imposible conocer el nombre de la viuda. Bradford se preguntó si, considerando los seudónimos como una especie de clave, no tendría Pete en alguna parte un libro que permitiera descifrarla. Pero dos días más tarde, se decidió a hacer una visita a la viuda.

Era una mujer de unos treinta y cinco años, muy guapa, ya con ciertas dificultades para mantener la silueta, pero todavía con muchos atractivos. Ahora, sin embargo, aparecía lógicamente afligida y Bradford pudo darse cuenta de que no había ficción en los sentimientos de la viuda.

Clara Resson había leído la tarjeta de visita que él había entregado a una sirvienta y le recibió en una sala agradablemente decorada. Los Resson, advirtió él de inmediato, eran gentes bien situadas económicamente.

—Señora Resson, antes de seguir adelante —empezó Bradford—, quiero hacerle saber que todo cuanto hablemos será absolutamente confidencial y que no repetiré a nadie lo que usted me diga.

—Si se trata del asesinato de mi marido...

—Está relacionado con ese horrible suceso, señora, lamento tener que admitirlo. Y

también está relacionado con alguna carta que usted escribió a un tal Peter Trutlin.

El rostro de Clara se cubrió de carmín.

—¿Cómo lo sabe? —gritó.

—Señora, dígame usted el seudónimo que utilizaba para escribirle y le devolveré las fotocopias. Los originales... Habían llegado a poder de su esposo, pero el asesino se los quitó.

Clara se tapó la cara con las manos.

—Debía de estar loca... Yo amaba a mi esposo profundamente... No sé cómo pude perder la cabeza por aquel miserable...

—No fue usted la única, señora, si ello le sirve de consuelo.

—Si ha leído las cartas, en una de ellas le decía que le enviaba cinco mil dólares. Pete iba a iniciar un negocio y necesitaba capital... Yo tenía... tengo todavía un capital propio, independientemente del de mi esposo... Firmaba las cartas con el seudónimo de «Bella Annie»...

Bradford había llevado consigo una gran carpeta, que abrió al oír aquellas palabras.

Hojeó rápidamente los papeles que había en su interior y sacó cuatro folios que entregó a la viuda.

—Sólo son las copias, señora. Lamento no poder entregarle los originales —dijo.

—Ahora ya poco importa —contestó ella tristemente—. Mi esposo ha muerto...

—¿Le hizo Pete chantaje?

—No exactamente, aunque sí me pidió dinero por teléfono. Yo ya me había dado

cuenta la clase de persona que era y me negué rotundamente. Le dije que le perdonaba la deuda, pero que no volviese a hablarme ni a relacionarse conmigo en todos los días de su vida. Entonces, él insinuó algo sobre enviar una copia de mis cartas a mi esposo... Me costó mucho, pero decidí que lo mejor era contarle la verdad... Mi marido fue muy comprensivo; se dio cuenta de que me había descuidado casi por completo... Sin embargo, no mencionó sus intenciones de recobrar las cartas; lo hizo sin que yo lo supiera...

Bruscamente, Clara rompió a llorar. Bradford se mantuvo en silencio. Necesitaba desahogarse, pensó Bradford.

Al cabo de unos momentos, Clara se secó los ojos.

—Dispense, no he podido contenerme. Es horrible pensar que fui la causante de la muerte de mi marido... Mi conducta no tiene calificativos...

—Flaqueó un poco, eso es todo, señora —dijo el joven.

—Pero ahora, otro hombre tiene las cartas...

—A usted ya no puede dañarle en modo alguno.

—Es cierto —convino la viuda—. Pero, si se publicase...

—El asesino no cometerá un error semejante —afirmó Bradford—. De todos modos, las cartas no le sirven de gran cosa, puesto que todas estaban firmadas con seudónimo.

Al terminar, se puso en pie.

—Gracias por haber accedido a recibirme —añadió.

—Señor Bradford, ¿qué le debo? Es un trabajo que le habrá originado gastos y, aparte de agradecerle el gesto, yo quisiera compensarle de algún modo —dijo la viuda.

El joven sonrió, a la vez que se inclinaba profundamente. Tomó la mano de Clara y rozó el dorso con sus labios.

—Otra persona se encargará de abonar mis honorarios, no se preocupe —contestó al despedirse.

Una vez en la calle, buscó una cabina telefónica y llamó a Fay.

—Quiero que me diga una cosa —solicitó—. Usted ha podido apreciar que todas las cartas están firmadas con seudónimo. Son veintitantas las mujeres engañadas por Pete.

¿No cree que, a fin de evitar confusiones, podría tener en alguna parte una especie de libro de claves, con objeto de identificar sin posibilidad de error a la firmante de determinada carta?

—Es posible, en efecto —admitió la joven—. Pero ¿qué pretende con ello, Jack?

—Simplemente, que vuelva al apartamento y trate de encontrar ese libro de claves en alguna parte. Tal vez sea sólo una hoja de papel, pero merece la pena, creo.

—Está bien, lo haré.

—Gracias. A fin de cuentas, aún conserva la llave del apartamento.

—Tengo algo que decirle, Jack. Sigo pagando el alquiler.

—¿No lo pagaba Pete? —se extrañó él.

—En un principio, yo vivía allí, pero más adelante, decidí que no me gustaba ni la situación ni la disposición interior y me mudé a otra casa. Pete me pidió le permitiera residir allí...

—Y no pagó la renta un solo mes, ¿verdad?

—Jack, por favor, no haga que me avergüence más de mi... estupidez.

—Todo el mundo tiene derecho a ser estúpido en alguna ocasión, no se preocupe.

Haga lo que le he dicho y llámeme mañana.

—¿Puedo preguntarle qué va a hacer hoy, Jack?

—Tengo que visitar a una persona de la que, espero, recibiré informaciones muy interesantes. Mañana le diré algo, no se preocupe.

* * *

La persona a la que Bradford fue a visitar al caer la noche se llamaba Nita Thalberg y era una rubia de cuerpo opulento y ojos llenos de malicia. Nita tenía un local muy especial, con un bar y una gran sala de baile en la primera planta, y numerosos reservados en los dos pisos siguientes.

El local estaba decorado con buenas maderas y la música sonaba suave y acariciante.

Los camareros se movían entre las mesas con discreta eficiencia y no había chicas ligeras de ropa. Las que estaban allí vestían con elegancia y todas ellas tenían ademanes distinguidos y se movían con refinada medida.

—Si no estuviera serena, diría que veo visiones —sonrió Nita, al tender sus manos al visitante—. ¿Vienes de Marte? Lo digo por el tiempo que has tardado en volver por esta casa...

Bradford se inclinó y la besó en una mejilla.

—No me he movido de este planeta —dijo—. Y así es como me veo metido en jaleos que no sucederían en Marte, puedes tenerlo por seguro.

Nita le condujo hasta el bar y pidió dos copas.

—¿Cuál es tu problema, en estos momentos?

—Pete Trutlin —dijo él lacónicamente.

Nita emitió un leve silbido.

—El menor de los hermanos —murmuró—. Quedan los trillizos... Mala gente, Jack, puedo asegurártelo.

—Ahora me preocupa el muerto, Nita.

—Deberías sentirte preocupado por los hermanos vivos. Si tropiezas con ellos...

—Ya he tenido ese tropiezo. En dos ocasiones.

—¿Y tienes sanos todos los huesos? —se asombró ella.

—¿Por qué no dejamos a los vivos y nos ocupamos del muerto? —sugirió Bradford.

—Bueno, éste no es lugar para sostener una conversación un poco larga —alegó Nita.

—Entonces, tú dirás dónde...

Ella hizo una seña al barman.

—Cuida de todo, Ernie —indicó. Se colgó del brazo de Bradford y tiró de él hacia la escalera que conducía a los pisos—. Anda, vamos y charlaremos a solas con toda comodidad.

Bradford se inclinó hacia Nita y le dijo algo al oído. Ella se echó a reír.

—Veremos —contestó, evasiva.

Ella le condujo hasta una habitación situada en el primer piso, en el punto más alejado

de la escalera. Con gran sorpresa por su parte, Bradford vio que se trataba de un despacho, sobria y elegantemente amueblado. Sin embargo, no mostró extrañeza y se acomodó en un mullido diván, mientras Nita llenaba dos copas.

Después de unos sorbos, Nita dijo:

—Anda, empieza ya, Jack.

—Está bien. Sabes que Pete se suicidó.

—Sólo la policía creyó en esa tesis —dijo Nita riendo.

—Entonces, todos piensan que fue un asesinato.

—Seguro. Y hasta se habla de celebrar una fiesta anual, en conmemoración del suceso.

Era un mal sujeto, te lo aseguro.

—Sin embargo, era mejor que sus hermanos.

Ella hizo un gesto despectivo:

—Los trillizos son gente primitiva, que todo lo resuelve por la vía dura. Pete era más astuto, pero eso no le hacía mejor que sus hermanos. Y, aunque los negocios eran distintos, en el fondo, estaban muy unidos.

—Más o menos, sé algo sobre el particular. Pero ¿qué me dices del asesino?

—Lo hizo muy bien, es todo cuanto sé. Nadie tiene la menor pista... y a ti, ¿por qué diablos te interesa tanto este asunto?

—Nita, ¿de veras no tienes ninguna pista sobre el asesino? —preguntó él, eludiendo a su vez la pregunta de la dueña del local.

En aquel momento, llamaron a la puerta. Nita se había sentado y se puso en pie.

—Pase...

Un hombre abrió y asomó parcialmente el cuerpo.

—Nita, tengo que decirte... Oh, perdona; no sabía que tuvieras visita.

—Puedes hablar, Tarryl —dijo ella—. Jack Bradford es un buen amigo.

—Era sobre el asunto de las botellas que pedimos... No las han servido de la marca que indicamos. Voy a devolver el pedido completo.

—Y diles que han dejado de servirnos licor —exclamó ella furiosa.

—Sí, de acuerdo, como digas. Disculpa la interrupción, Nita.

La mujer sonrió.

—No tiene importancia, Tarryl. —Se volvió hacia el invitado—. Es Tarryl Hayes, mi gerente, el hombre que lleva el peso del negocio —añadió.

—Celebro conocerle, señor Hayes —dijo Bradford.

—Es un placer —contestó el aludido.

Bradford se volvió hacia la anfitriona, cuando Hayes hubo cerrado la puerta.

—No sabía que tuvieras gerente —dijo.

—Es un tipo muy competente y me descarga del trabajo de contabilidad. Estoy muy contenta con él, créeme.

—¿En todos los sentidos? —preguntó Bradford jovialmente, porque había podido apreciar que Hayes era un tipo muy atractivo físicamente, aunque ya era algo mayor que Nita.

Sonó una fuerte carcajada.

—No seas mal pensado —contestó Nita—, Tarryl está casado y, además, enamorado de su mujer, una verdadera belleza, puedo asegurártelo.

—En resumen, un hombre feliz.

—Totalmente.

—Le envidio —dijo Bradford—. Oye, ¿qué tal si seguimos hablando de Pete Trutlin?

—¿Qué más hay que decir? Oficialmente, se suicidó. La *vox populi* dice que alguien le pegó un tiro.

—¿Un marido celoso?

Nita se encogió de hombros.

—Posiblemente —repuso.

—Y tú, claro, no puedes darme ninguna pista.

—Lo siento. Pero aún no me has dicho por qué te interesa tanto...

—Una cliente —respondió Bradford, evasivo.

—Ah, ya me suponía algo de eso... ¿Cartas comprometedoras?

—No. Está acosada por los trillizos, quienes piensan que mi cliente tiene cierta cantidad de dinero, cuyo cincuenta por ciento pertenecía a Pete.

—¿Es cierto eso? —preguntó Nita, sorprendida.

—Tuvieron negocios comunes, pero disolvieron la sociedad y el difunto percibió su parte íntegra. Lo que mi cliente pudo conseguir después, es legítimamente suyo y Pete no tuvo la menor parte en esas ganancias.

—Entonces, los trillizos creen que tu cliente...

—No; sólo les interesa el dinero, pero no la dejan en paz. La acosan constantemente, esperando rendirla por cansancio. Ahora bien, como Pete se «suicidó», quizá si encontrase al asesino, podría aclarar totalmente el misterio y conseguir que sus hermanos dejaran en paz a mi cliente.

Nita hizo un gesto pesimista.

—Es un asunto muy oscuro. Muchas veces se oyen rumores en otros casos, pero en éste nadie ha mencionado ningún nombre. O, al menos,, no ha llegado a mis oídos.

—Bien, qué se le va a hacer —dijo Bradford resignadamente—. De todos modos, muchas gracias, Nita. Siento haberte molestado...

Ella sonrió maliciosamente.

—Jack, ¿cómo son las marcianas?

—¿Las marcias...? No hay habitantes en Marte —exclamó él.

—Bueno, yo lo decía porque como has estado tanto tiempo sin aparecer por aquí... Si hubiera marcianas en Marte, podrías hacer comparaciones con las terrícolas, ¿no te parece?

Bradford la miró fijamente.

—Una terrícola... como tú, por ejemplo.

Nita volvió a sonreír silenciosamente. Acercándose a la mesa de trabajo presionó una tecla. Entonces, asombrado, Bradford vio descorrerse a ambos lados las dos mitades de una estantería con libros y algunos objetos de adornos.

Al otro lado había una puerta, a través de la cual se divisaba un espacioso dormitorio, con una enorme cama en el centro, sobre un estrado de tres peldaños. Había una luz di-fusa y una suave música brotaba de varios altavoces distribuidos estratégicamente.

Nita se echó a reír.

—¿Tienen las marcianas dormitorios como éste? —preguntó.

Bradford pasó un brazo por la cintura de la mujer.

—¿Sabes?, prefiero las terrícolas —dijo.

CAPITULO VII

La hora era ya muy avanzada y el local había cerrado sus puertas, cuando Bradford salió por un lateral que daba a un oscuro callejón, satisfecho en parte, si bien defraudado por no haber conseguido demasiado respecto a Pete Trutlin. Tendría que investigar por otro lado, se dijo, mientras caminaba sin prisas en busca de su automóvil.

Al abrir la portezuela, vio que había un hombre en el asiento delantero. El sujeto empuñaba una pistola y puso el cañón en su nariz.

—Suba y conduzca, Bradford. Y mire un instante hacia atrás; no estoy solo.

El joven volvió la cabeza. Había dos hombres más en el asiento posterior.

Inmediatamente, dedujo su identidad.

—¿Usted es...? —se dirigió al de la pistola.

—Nick —contestó el aludido escuetamente.

—Bien, Nick. —Bradford se sentó tras el volante—, ¿Adónde?

—Por ahora, siga recto. Después ya le indicaré.

El coche se puso en movimiento. Los Trutlin guardaban un hosco silencio, que no presagiaba nada bueno, por lo que empezó a sentirse aprensivo. Sin embargo, procuró mantener la serenidad. Perder los nervios no mejoraría ciertamente su situación, se dijo.

En completo silencio, obedeció las órdenes de Nick sobre la ruta, hasta que, al fin, el coche se detuvo frente a un viejo caserón, situado en las afueras de la ciudad, en un lugar prácticamente desierto. Frankie y Joe se apearon rápidamente, ya con sus pistolas en la mano.

Nick abrió el gran portón y encendió las luces. Al entrar en el edificio, Bradford pudo darse cuenta de que se trataba de un almacén abandonado, en donde sólo quedaban algunos muebles desvencijados y cajones vacíos.

Con no demasiada cortesía, Bradford fue empujado hasta una silla situada junto a uno de los muros, en la cual se sentó. Los trillizos se colocaron frente a él, con rostros carentes de amabilidad.

—Esto es un tribunal —dijo Bradford jovialmente—. ¿De qué se me acusa?

—¿Dónde está la chica? —preguntó Nick.

—¿Fue usted el primero en nacer?

—Eso no importa ahora...

—Hombre, sentía curiosidad —dijo el joven—, Pero si eso le molesta, retiro la pregunta.

—El orden de nacimiento fue: Yo, Frankie y Joe.

—Pero los tres pensamos lo mismo —dijo el segundo.

—Y lo que hace uno, está bien hecho para los otros dos —añadió Joe.

—Maravilloso. Un solo cerebro en tres cuerpos distintos, aunque de caras muy parecidas —dijo Bradford sonriendo—. Antes han preguntado por la chica y, supongo, se trata de la señorita Fay Rochester.

—Sí. ¿Dónde está? —insistió Nick.

Bradford frunció el ceño. Los Trutlin conocían bien el domicilio de Fay. ¿Por qué, pues, le preguntaban por su paradero?

¿Se había escondido, temerosa del acoso que no daba muestras de remitir?

¿Acaso había vuelto a su cabaña de la Sierra?

—Lo siento. No puedo decir algo que ignoro totalmente —respondió al cabo.

Joe levantó la mano como para golpearle en el rostro, de revés, pero Frankie contuvo su gesto.

—Modérate —aconsejó—. Primero veamos si este distinguido caballero quiere hablar por las buenas.

—Oigan, ¿cómo diablos voy a convencerles? —protestó el joven indignadamente—. ¿Es que no conocen ustedes el domicilio de la señorita Rochester?

—No está en su apartamento —dijo Nick hoscamente.

Bradford parpadeó. «Parece que ella ha sabido eludirles», pensó.

—Entonces, estamos todos en la misma situación —dijo—. Yo tampoco sé adónde puede haber ido.

—No le creo —gruñó Joe.

—Vamos a ver si nos entendemos —propuso Bradford—, Ustedes, según parece, reclaman cierta cantidad de la señorita Rochester.

—Somos herederos de Pete —manifestó Frankie.

—Y se suicidó por ella —agregó Joe.

Bradford miró asombrado a sus interlocutores.

—Pero ¿es posible? —exclamó—. ¿Todavía creen en la teoría del suicidio, cuando todo el mundo dice por ahí que fue asesinado?

Los Trutlin intercambiaron miradas de extrañeza.

—Asesinado —repitió el primero.

—La policía dijo que...

—No le creo, Bradford —dijeron sucesivamente Frankie y Joe.

El joven se encogió de hombros.

—La señorita Rochester piensa que fue asesinado y muchas personas más opinan lo mismo —dijo—. Pero eso, creo, importa poco ahora. ¿O no?

—Lo que importa es el dinero... —empezó a decir Nick.

—¿El millón de dólares?

Nick vaciló y consultó con la mirada a sus hermanos.

—Bueno, tanto como eso... Ella tiene... algo que lo vale...

—O sabe dónde está —dijo Frankie.

—De modo que si usted nos dice dónde podemos encontrarla, le soltaremos y quedaremos tan amigos —declaró Joe.

Bradford apretó los labios.

«Os he calado, pájaros», pensó.

—Si tienen ganas de hacerme lo que vulgarmente se llama torturas y malos tratos, adelante —exclamó—. Pero por mucho daño que me hagan, no conseguirán que les diga algo que ignoro absolutamente.

Sobrevino un momento de silencio. Luego, Nick dijo:

—Buscad cuerdas. Vamos a atarle y le tostaremos los pies un poco. Veremos si continúa callado cuando empiece a sentir el fuego en la piel.

Frankie y Joe se volvieron al mismo tiempo. Súbitamente, el primero lanzó un agudo chillido de advertencia, a la vez que sacaba la pistola que había guardado al entrar en el edificio.

—¡Cuidado!

Era ya tarde. Un hombre, desde la puerta, disparó un arma.

Bradford se tiró al suelo instantáneamente. Joe lanzó un horripilante alarido, a la vez que se tambaleaba como un beodo.

Nick y Frankie se dispersaron, corriendo enloquecidos, para así eludir los disparos que el desconocido hacía desde la entrada. Joe había caído de rodillas, pero, haciendo un su-premo esfuerzo, intentó levantarse. Una bala golpeó su frente y fue lanzado violentamente hacia atrás.

El desconocido atacante desapareció con tanta rapidez como había aparecido. Fuera, en la calle, y antes de que ninguno de los presentes tuviera tiempo de reaccionar, se oyó el rugido de un motor.

Lentamente, Nick y Frankie se pusieron en pie, contemplando incrédulos el inerte cuerpo de su hermano.

—¡Está muerto! —chilló Frankie.

Nick parecía haberse quedado sin habla. Todavía en el suelo, Bradford se incorporó un poco, dándose cuenta de que los Trutlin parecían haberse olvidado de él.

La puerta estaba a su alcance, pero no recorrería una docena de metros antes de que los Trutlin, furiosos por la muerte de su hermano, le llenaran el cuerpo de plomo. Ahora, sin embargo, estaban vueltos de espaldas a él.

Era preciso aprovechar la ocasión. Levantándose de un salto, atacó a Nick, que era el que se hallaba más cerca. Un seco golpe con el filo de la mano en el cuello bastó para derribarlo fulminado.

Frankie se revolvió, furioso. Bradford disparó sucesivamente los dos puños y el sujeto se desplomó como un fardo.

Ya no esperó a más. En cuatro saltos, ganó la salida, subió al coche y huyó a toda velocidad de un lugar que, repentinamente, se había vuelto muy incómodo.

Mientras regresaba a su apartamento, se formuló dos preguntas, sabiendo de antemano que no tenían respuesta.

¿Quién era .el misterioso asesino que había eliminado a Joe Trutlin?

¿Dónde estaba Fay?

Respecto a la segunda pregunta, creía sentirse más tranquilo. Fay se había escondido muy bien, sin duda. Ya daría señales de vida.

Y la primera pregunta sugería otra, no menos intrigante: El hombre que acababa de matar a Joe, ¿era el mismo que había asesinado a Pete?

* * *

Había acabado por recobrar la calma y estaba en el mejor de los sueños, cuando, de pronto, sonó el teléfono. Rezongando entre dientes, alargó la mano y atrajo el aparato

hacia su oreja.

—Bradford —dijo, soñoliento.

—Soy Fay.

El joven se despabiló instantáneamente.

—¿Dónde se ha metido? —exclamó, a la vez que se sentaba de golpe en la cama.

—Los Trutlin continuaban acosándome. Decidí desaparecer, Jack.

—Bueno, pero si no confía en mí...

—Oh, claro que sí. Estoy en el apartamento de una antigua colega.

Ella se ha ido fuera a hacer una serie de fotografías y estará ausente una semana. Me dejó la llave y....

—Comprendo. Está bien, supongo.

—No me ha pasado nada, si es eso lo que le preocupa. Ah, y conseguí la llave.

—¡Fantástico! —dijo Bradford—, Oiga, ¿sabe que este asunto tiene más complicaciones de lo que nos pensábamos en un principio?

—A mi me lo va a decir —rió Fay amargamente—. Jack, siento no habérselo dicho antes, pero estuve llamándole casi hasta la madrugada y usted no me contestaba.

—Lo siento. Tuve que salir y luego... Pero ya se lo contaré más tarde, cuando nos veamos. Si me dice su nueva dirección, por supuesto.

—Desde luego. Estoy en Brandon Arms, apartamento 9 C. ¿Cuándo vendrá a verme?

El joven meditó unos instantes.

—Espere hasta el anochecer —dijo al cabo—. Antes quiero hablar con cierta persona.

No sé si obtendré algo positivo, pero, al menos, haré deducciones. Tal vez sea un trabajo inútil, aunque, de todas formas, me sentiría inquieto si no lo hiciera.

—Está bien. Oiga, cuando venga, ¿puede traer algo de comida?

—¡Comida! —resopló Bradford.

—Mi amiga está un poco chiflada y se ha vuelto vegetariana... Bueno, de esas que siguen un régimen macrobiótico... Ya sabe, alimentos naturales, cosas crudas y demás...

No es que me disgusten los vegetales, pero, de cuando en cuando, un buen filete...

—Sí, proporciona energías —rió el joven—. Está bien, llevaré provisiones.

—Ya le pagaré...

—Por favor —protestó Bradford—. Una pregunta, Fay. ¿Hay velas en

el apartamento?

—No lo sé, no he mirado.

—Ya compraré yo dos. Una cena, a la luz de las velas, resulta mucho más romántica.

—Comprendo. ¿Guardó bien las fotocopias de las cartas?

Bradford se echó a reír.

—Hice dos juegos más de fotocopias y los tengo distribuidos en distintos lugares, no se preocupe. Ah, incidentalmente: De cuatro Trutlin, ya sólo quedan dos.

—¿Quién ha muerto? —preguntó ella, al comprender el sentido de la información.

—Joe. Le metieron unas cuantas balas en el cuerpo... Pero ya le contaré a la noche. Fay,

¿está segura de que no podrán localizarla en su nuevo escondite?

—En absoluto. Quédese tranquilo, Jack.

—Muy bien, eso es lo que deseaba saber.

Después de colgar el teléfono, Bradford apoyó un codo en una de sus rodillas y puso la cara en la mano correspondiente, en una actitud claramente meditabunda.

Tenía que ver a Randall Peters, el sujeto para quien trabajaban los trillizos, ahora

reducidos a gemelos. ¿Conseguiría algo positivo de la entrevista, suponiendo que Peters accediera a recibirle?

Al cabo de unos momentos, abandonó la postura, tiró a un lado las ropas de la cama y se encaminó al baño.

Sólo había una forma de saber si Peters accedería a recibirle: llamando a la puerta de su casa.

CAPITULO VIII

Eran ya más de las cinco de la tarde, cuando se abrió la puerta a la que había llamado.

Un fornido sujeto, de frente estrecha, ojos hundidos, bajo unas cejas como cepillos y con una minúscula prominencia con dos agujeritos en el lugar que debiera haber ocupado una nariz normal, le recibió con escasa cortesía.

—Quiero hablar con Peters. Me llamo Bradford —dijo el joven sin más preámbulos.

—Pase —contestó el simiesco individuo.

Las cejas de Bradford se levantaron.

—¿Me espera?

—Eso tengo entendido.

El joven empezó a pensar que el servicio de información de Peter funcionaba mejor de lo imaginado. Pero tal vez se debía a que los Trutlin habrían comentado largamente sus encuentros con él.

Segundos después, entró en un despacho amueblado de una forma casi miserable.

Bradford, sin embargo, sabía que Peters quería dar a sus visitantes la sensación de que era un hombre honesto, que no podía disponer de un lugar mejor decorado, debido a la escasez de sus ingresos. Era sólo una comedia, destinada a engañar a los incautos.

Por otra parte, Peters tenía una apariencia cuidadosamente estudiada, la que correspondía a un avisado hombre de negocios poco rentables, pero no tanto que pudiera darlos de lado. Estaba en mangas de camisa, con tirantes muy chillones, ligas rojas en las mangas, sombrero hongo y cigarro entre los dientes.

«Una perfecta puesta en escena», pensó.

—Siéntese —invitó Peters—, ¿Un trago, Bradford?

—¿Por qué no? —aceptó el joven—. Sospecho que no va a envenenarme, aunque es muy posible que mi muerte le hiciese sentirse muy aliviado.

—Usted tiene muy mala opinión de mí —dijo Peters—. No soy la clase de hombre que piensa, por mucho que mis enemigos digan lo contrario. Pero, en fin, son cosas de... la popularidad.

—El éxito en los negocios crea siempre enemigos —manifestó

Bradford sentenciosamente, a la vez que alargaba la mano para recibir el vaso que le tendía su anfitrión—, ¿No es así, Randy?

Peters hizo una mueca de aprobación y se reclinó en su sillón, con el vaso en una mano y el cigarro en la otra.

—Completamente de acuerdo —repuso—. Bien, ¿qué es lo que quiere de su humilde servidor?

—¿Ha ido al entierro de Joe Trutlin?

—Se efectuará mañana —dijo Peters sin inmutarse—. El cuerpo está todavía en la

«morgue», a la espera del dictamen del forense.

—Ha hablado con sus hermanos, supongo.

—Poco, lo justo para darles mi pésame. De verdad, Joe era un buen chico.

—¿Tiene idea de quién lo mató?

Peters se encogió de hombros.

—Trabajaba para mí. Eso le creó enemigos.

—Como a los otros dos hermanos.

—Por supuesto.

—Randy, estoy seguro de que sabe quién mató a Joe, pero no quiere decirlo, para ajustarle las cuentas, sin necesidad de sentarle ante un tribunal. ¿Por qué no me lo dice a mí?

—Por dos razones muy simples, la segunda de las cuales acaba de expresarla usted mismo.

—¿Y la primera?

—Porque no lo sé.

—Me gustaría creerle, Randy.

—Piense como quiera, no puedo impedirlo.

Bradford empezó a darse cuenta de que Peters era un tipo mucho más

duro de lo que había supuesto. Sólo diría lo que le interesara, pero el resto se lo callaría sin que hubiese posibilidad de obligarle a hablar.

—Los trillizos iban detrás de una joven, la cual, según ellos, les debía cierta suma.

Bueno, se la debía a Pete, el hermano que se suicidó, pero, naturalmente, ellos se consideraban como sus herederos y querían conseguir esa cantidad. ¿Le dijeron algo al respecto?

—Era un asunto que no tenía nada que ver con los míos. También ellos tienen sus negocios privados —respondió Peters.

—Pero antes ha admitido que trabajaban para usted.

—Tenían su tiempo libre. No iba a prohibirles que consiguieran otros ingresos.

Bradford apuró su vaso, lo dejó encima de la mesa y luego se inclinó hacia adelante.

—Randy, es usted un embustero —le apostrofó—. Su suerte es que no puedo obligarle a hablar, como lo intentaron conmigo los trillizos en la madrugada de hoy. ¿Sabe que querían quemarme los pies?

—No tengo la menor idea de que gustasen de cierta clase de diversiones. Pero ya le dije antes: tenían su tiempo libre.

—Me agrada usted, Randy; sabe defender a sus subordinados. Pero eso no le servirá de nada.

—¿Qué quiere decir. Bradford? —preguntó Peters, ligeramente sobresaltado.

—Los trillizos..., bueno, ahora sólo son gemelos, se han metido en un asunto mucho más importante de lo que parece. Usted está enterado de ello y les presta su ayuda, sabiendo que podrá recibir una parte muy importante de lo que ellos puedan conseguir.

Hasta ahora, sin embargo, lo único que han conseguido es tener dos bajas en la familia Trutlin.

—¿Dos bajas? —repitió Peters, extrañado.

—Sí, Pete, el «suicida», y Joe, esta madrugada. Sospecho que el asesino es el mismo en ambos casos y es muy posible que vaya luego, y sucesivamente, por los dos hermanos supervivientes. Cuando haya

terminado con Nick y Frankie, vendrá a buscarle. Tiene afuera un buen guardaespaldas... pero, a pesar de todo, no le arrienda la ganancia.

Las mejillas de Peters se pusieron de color gris. Bradford observó que la frente del sujeto se había cubierto de minúsculas gotitas de sudor.

—No tengo nada que ver con las dos muertes —dijo el sujeto, ahora mordiendo su

cigarro nerviosamente—. Y, si no le importa, preferiría seguir trabajando. Tengo muchos asuntos por despachar, ¿sabe?

Bradford se puso en pie.

—Está bien, pero queda advertido. Hable con los dos hermanos. dígales que se olviden de Fay Rochester. El dinero que ella ganó es legítimamente suyo y los Trutlin no tienen ningún derecho a toda o parte de esa suma. ¿Lo ha comprendido?

—¿Por qué no se lo dice usted?

—Ya se lo he dicho, pero no me han hecho caso. A usted sí le obedecerán... a menos que quiera también una buena porción de ese pastel. Pero, recuerde, hay un tercero en danza. Y éste tira a matar.

Bradford dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, giró de nuevo la cabeza.

—Por cierto. Randy... Disculpe que le llame así, pero me imagino que es el tratamiento que le dan sus íntimos... ¿Conocía usted a un tal Ray Hingleton?

Peters dio un salto en su asiento. Bradford se echó a reír.

—Sí. lo conocía. ¿Cuánto le costó el trabajo que no pudo realizar?

—Oiga, yo no encargué nada a Hingleton...

Bradford emitió una risa suave, baja, con la que quería expresar su incredulidad por la respuesta. Abrió la puerta y pasó al antedespacho, dirigiéndose sin más hacia la salida.

Cuando estaba a punto de abrir la otra puerta, sintió que le tocaban en el hombro. Al mismo tiempo, percibió a sus espaldas un ruidoso jadeo.

Presintiendo lo que iba a suceder, empezó a volverse, pero ladeándose

al mismo tiempo. El enorme puño del guardaespaldas pasó rozando su mentón, yendo a estrellarse contra la madera de la puerta.

Se oyó un atroz rugido. Bradford adivinó que la puerta tenía una hoja oculta de metal, cubierta por la madera; de otro modo, el feroz golpe la habría hecho saltar en astillas. Al volverse, vio al vigilante con el puño debajo del sobaco y una expresión de insufrible dolor en sus simiescas facciones.

El guardaespaldas, estaba seguro, había actuado así por propia iniciativa, como si quisiera hacer méritos ante su patrón, sospechando que éste no sentía ninguna simpatía hacia el visitante. Bradford se enfureció y, sin poder contenerse, levantó el pie y lo estrelló contra la entrepierna del sujeto.

Los aullidos del guardaespaldas llegaron a oídos de Peters, quien se asomó inmediatamente a la puerta de su despacho. Señalando al sujeto que se revolcaba de dolor en el suelo, Bradford dijo:

—Cuando se recupere, póngale un collar de hierro con púas y átelo a la pared con una buena cadena.

Peters abrió la boca y el cigarro se le cayó al suelo. Pero el joven no lo vio, porque ya había cerrado con un portazo que hizo retemblar las paredes.

* * *

Bradford estiró el cuello, a fin de asomar la cara por encima de los paquetes que sostenía con ambas manos, y así ser visto por Fay, quien atisbaba por la mirilla de la puerta. Al cabo de unos segundos, ella descorrió el cerrojo y abrió.

—¡Cielos, trae usted comida para un batallón! —exclamó sin poder contenerse.

—¿No va a estar aquí durante una semana? —sonrió el joven—, ¿Dónde dejó los suministros?

Ella movió una mano.

—Sígueme, por favor.

A Bradford se le encandilaron los ojos al ver el aspecto que presentaba Fay, vestida con una blusa que casi no tenía mangas y unos *shorts*, que permitían ver unas piernas realmente preciosas. Al llegar a la cocina,

descargó todo encima de una mesa y luego la miró fijamente.

—Está usted guapísima —dijo—. ¿Cree que será mejor economista que modelo fotográfico?

Ella se sonrojó un tanto.

—Chicas como yo las hay a montones y, por otra parte, sé que no daría buen resultado en el cine —contestó—. Lo otro es mucho más seguro, Jack.

—Sí, desde luego.

—Bien, si no le importa, voy a preparar la cena... Ah, ¿quiere la clave?

—¿Le costó mucho encontrarla?

—Estaba detrás de un cuadro. —Fay meneó la cabeza tristemente—. Pete no debía de tener muy buena memoria, cuando necesitaba una clave para identificar a las firmantes de las cartas que recibía.

—Mujer, es que eran más de dos docenas... Cualquiera se acuerda de todos los nombres...

Fay metió la mano en el seno y sacó un papel doblado, que entregó al joven. Bradford hizo un gesto de asentimiento.

—Sacaré una copia, aunque sea a mano —dijo—. Avísame cuando esté todo listo, Fay.

—En la sala hay un escritorio, con todo lo que pueda necesitar —indicó ella.

Bradford dejó la cocina, fue a la sala y levantó la persiana del escritorio, sentándose a continuación, para, inmediatamente, dar comienzo al trabajo anunciado. No tardó mucho en terminar la tarea, aunque sí pudo captar un extraño detalle.

Una de las amantes de Peter Trutlin firmaba con el seudónimo de Amaltea, pero al lado de este nombre no aparecía el suyo auténtico. Era la única excepción en la lista que Bradford tenía ante sus ojos y se preguntó por las causas que habían impedido a Pete anotar el nombre de la mujer junto al seudónimo.

—Tal vez era un amor reciente y no le dio tiempo, o acaso, por el mismo motivo, no le hacía falta escribirlo... —supuso.

Un romance próximo en el tiempo no podía ser olvidado tan fácilmente. Se preguntó quién podía ser Amaltea, pero había terminado ya la tarea y se guardó la copia en un bolsillo. El original sería devuelto a Fay, para que ella misma lo escondiese en el lugar que estimase más seguro.

Al levantarse, vio el retrato de una hermosa mujer, junto a un hombre cuyo rostro le resultó conocido. Bradford respingó a causa de la sorpresa.

Al llegar a la cocina, vio a Fay batiendo unos huevos.

—¿Ya ha copiado la lista? —preguntó ella.

—Sí. Luego le daré el original. Usted lo esconderá donde mejor le parezca.

—Está bien. Si quiere, puede prepararse de beber usted mismo...

—Fay, tengo que hacerle un par de preguntas —dijo él.

—Adelante, Jack, no se reprima —contestó la joven de buen humor.

—¿Ha leído la lista de las amantes de Jack?

—Por supuesto.

—Y se habrá dado cuenta de que Amaltea es desconocida, ya que no se indica su nombre.

—Si espera que se lo diga, lo siento; no se me ocurre ningún nombre, Jack.

—Me lo suponía —suspiró Bradford—, Oiga, ¿quién es la dama que está retratada con Tarryl Hayes?

Fay, sorprendida, suspendió su labor un instante, para mirar al joven con ojos de asombro.

—¿Conoce usted a Hayes? —preguntó.

—Lo conocí... anoche —respondió él.

—Ella es su esposa. Se llama Myra.

—Una mujer verdaderamente guapa... Pero si está casada, vivirán los dos aquí...

—Ella pensaba dejar el apartamento, porque se había trasladado con su marido a otro mejor y más grande. Pero resulta que su hermana va a venir a vivir pronto aquí y lo conserva para que ella no tenga que molestarse en buscar alojamiento.

—Disculpe la curiosidad —se excusó Bradford—. Simplemente, me extrañó y... Bueno, no tiene importancia.

—Claro —respondió Fay—. Oiga, ¿qué piensa hacer con las fotocopias de las cartas?

—Tendría que devolverlas por correo a las remitentes, pero algunas son casadas y eso es algo que no se menciona en la lista. No me gustaría crearles problemas a las que han conseguido mantener oculto su romance con Pete.

—Según parece, algunos esposos ya lo sabían.

—Y otros no... En fin, ya pensaré algo.

—¿Por ejemplo?

Bradford meditó unos segundos.

Luego dijo:

—Fay, tengo un hambre de lobo.

Ella se echó a reír.

—Si de ésta sale con úlcera de estómago, no me culpe a mí —manifestó jovialmente.

—Todavía puedo digerir piedras, aunque la verdad es que no suelo comerlas muy a menudo —respondió él en el mismo tono.

—Vaya sentándose; la cena estará dentro de unos minutos —dijo la joven.

Mientras cenaba con buen apetito, Bradford se preguntó quién podría ser la enigmática Amaltea, cuyo nombre auténtico no figuraba en la lista clave del difunto Pete Trutlin. Y, sin saber por qué, presintió que aquella mujer era un elemento clave en el enigma que todavía no se sentía capaz de descifrar.

Al sentarse a la mesa, frente a él, Fay le dirigió una penetrante mirada.

—Jack, ¿es soltero todavía?

Bradford hizo un gesto de asentimiento.

—Lo soy —contestó.

—¿No ha pensado nunca en casarse?

—Ciertamente. Pero ella...

El joven se interrumpió para hacer una profunda inspiración.

—Murió hace menos de un año —agregó.

—Lo siento —murmuró ella contritamente—. Tal vez he despertado amargos recuerdos...

—No se preocupe. Era muy hermosa y yo la quería..., pero es preciso seguir viviendo. Y, sobre todo, solucionar su problema.

—Gracias, Jack. Una cosa: ¿necesita dinero?

Bradford hizo un gesto negativo.

—Ya le pasaré la factura en su momento —respondió—. Oiga, ¿por qué no nos aplicamos a estas chuletas tan apetitosas?

Fay sonrió.

—Freír huevos y chuletas es todo lo que conozco del arte culinario —confesó alegremente.

—Ya sabe más que una que conocí yo. Pensaba que los huevos se elaboraban en una fábrica, en lugar de un gallinero.

Sonó una carcajada.

—Pero si era guapa, tenía una disculpa —dijo Fay.

Bradford volvió a mirarla y ella se sonrojó otra vez.

—No era ni la décima parte de hermosa que usted —dijo él lentamente.

CAPITULO IX

Al día siguiente, Bradford volvió a ver a Mark Woodson, en el lugar acostumbrado.

Sentándose frente al sujeto, Bradford le alargó el paquete de cigarrillos en silencio.

—Ya sé a lo que vienes —dijo Woodson.

—Eso me evita las preguntas, Mark.

—Podías haberte ahorrado el viaje. Vas a conseguir lo mismo, invitándome a un trago.

—Es decir, no sabes nada.

—Nadie sabe una palabra, Jack.

—Dos de los Trutlin han muerto ya. ¿Qué opinas?

Una camarera vino con una botella y dos vasos. Bradford le dio un billete y le indicó que dejara la botella.

Los dos hombres volvieron a quedarse solos. Woodson tomó un trago, chasqueó la lengua y luego dijo:

—Muchos lo han celebrado, felicitando «in mente» al tipo que se los cargó. Pero, repito, nadie tiene la menor idea de quién pudo hacerlo.

—Decir que es enemigo de los Trutlin es dar por sentado algo que salta a la vista. Y

también se puede afirmar que no se trata de un profesional.

—No, pero actúa como si lo fuera.

—¿Un marido engañado?

—Posiblemente. Pero pienso que hay algo más.

—¿Por ejemplo, Mark?

—El esposo engañado, fuese quien fuese, pudo liquidar a Pete. Pero, ¿por qué matar también a Joe? Que yo sepa, los trillizos no se dedicaban a conquistar mujeres para sacarles la «pasta».

—Eso es muy cierto —convino Bradford—. Y es también un asunto que puede dar mucho dinero.

Woodson se encogió de hombros.

—¿Por qué no hablas con Nita Thalberg? Ella sabe muchas cosas...

—Ya lo hice y no saqué gran cosa. Dime otro nombre, si se te ocurre alguno.

El sujeto se frotó la mandíbula con aire pensativo.

—Tal vez Horatio Pentonbride...

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Bradford, ya que era la primera vez que oía el nombre.

—Tiene una tienda de compraventa de joyas en la calle Décima. A veces hace negocios poco limpios, pero nunca le han pillado con las manos en la masa.

—Un «perista», ¿eh?

—Sí, y sabe más cosas de las que uno pueda imaginarse.

—Si trafica con joyas robadas, ¿por qué no le han pillado nunca «in fraganti»?

—Horatio es listo como un zorro. Llega un ladrón, le enseña el botín, ajusta el precio y luego envía al «cliente» a determinado lugar, a dejar el paquete. Así, cuando la policía viene a registrar su tienda, nunca le encuentran nada que sea ilegal.

Bradford alzó las cejas, vivamente sorprendido.

—¿Confía Pentonbride en los ladrones? —exclamó.

Woodson soltó una risita irónica.

—Se habla de dos que le traicionaron. Nadie ha vuelto a verlos jamás —contestó significativamente.

—Entiendo. Dices que en la calle Décima...

—Quizá haya cerrado ya. Vive en una casita en South Oaks Road, en el número cuatro mil quince. Hay un grueso roble, cuyas ramas sobresalen fuera del jardín. El tronco está apenas a un metro de la acera y hay una parte muerta y hueca. Horatio ha recubierto la abertura con una imitación de la corteza. Entonces, el «cliente», pasa junto al roble, mete el botín en la corteza del roble y... ¿Me he explicado lo suficiente?

Bradford se puso en pie.

—Gracias, Mark —dijo.

Woodson levantó una mano.

—Horatio tiene un crisol en el sótano de la casa. Allí funde el oro y la plata, después de haber desmontado las alhajas.

Bradford hizo un gesto de asentimiento. Desconfiaba de averiguar algo por mediación de Pentonbride, pero no perdía nada intentando hablar con el sujeto.

Cuando salía a la calle, vio una silueta en el asiento derecho de su automóvil.

Inmediatamente, se previno para evitar un contratiempo, pero casi en el mismo instante, vio una blanca mano que se agitaba de forma amistosa.

Entró en el coche y se sentó tras el volante. Atónito, reconoció a Fay, ataviada de un modo insólito.

La joven llevaba una peluca blanca, lentes con cerco de oro, redondos, y vestía un traje negro, con encajes blancos. En el pecho se divisaba un medallón y sus manos se apoyaban en un elegante bastón con puño de marfil. Asimismo vio unas rayas oscuras en su rostro, cuyo significado no alcanzaba a comprender.

—¿Por qué se ha disfrazado de esa manera? —preguntó Bradford, cuando se hubo rehecho de la sorpresa.

—Tenía que salir de casa. Había un tipo que me vigilaba, lo vi desde la ventana.

Entonces, se me ocurrió la idea del disfraz de anciana venerable, y algo reumática. Me pinté las falsas arrugas en la cara y pasé junto al espía, sin que éste se diera cuenta de que era yo la persona a la que vigilaba.

—Un momento —exclamó Bradford—. Usted me dijo que nadie conocía su escondite.

—Y es cierto, pero, no sé cómo, lo han averiguado...

Los labios del joven se contrajeron.

—Ese condenado Randall Peters —rezongó.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Nada, no se preocupe. Oiga, ¿por qué ha venido a buscarme aquí?

—Llamé a su casa, para contarle lo del espía. Usted no respondía y yo me acordé de que había mencionado este bar. Entonces, me disfracé...

—Increíble —comentó Bradford—. Oiga, ¿de dónde ha sacado todos esos disfraces?

Fay se echó a reír.

—Lo tenía todo Myra Hayes en su casa. Hace unos meses. acudimos las dos a un baile de máscaras. Ella se disfrazó de venerable abuelita... y era de verdadera risa verle saltar y bailar como ninguna otra...

Bradford meneó la cabeza.

—Si conocen su escondite, no podrá volver allí —dijo.

—Eso es lo que pienso. ¿Qué me recomienda usted, Jack?

El joven suspiró.

—Si no teme nada de mí. le cederé la habitación de los huéspedes —respondió.

—Acepto encantada —dijo ella instantáneamente.

—Pero su equipaje...

—Iremos a buscarlo, ¿no le parece? A su lado, no tengo miedo, Jack.

—Gracias por el honor que me hace, pero antes de ir a casa de la señora Hayes, visitaremos a cierta persona con la que tengo mucho interés en hablar.

—¿Más informes? —preguntó la joven.

—Los necesitamos, Fay —dijo él escuetamente.

* * *

La casa estaba a oscuras y no había siquiera una luz en el porche, apreció Bradford al detener el coche. Después de apearse, contempló

el enorme roble, donde los ladrones dejaban su botín, una vez concluido el trato con Pentonbride.

Por pura curiosidad, se acercó al árbol, y tanteó el tronco, hasta dar con la tapa del hueco, hábilmente imitada. Empujó, metió la mano y tocó algo envuelto en un pañuelo, anudado por las cuatro puntas.

Fay le contemplaba intrigada, sin atreverse a hacerle preguntas. El joven se volvió.

—Luego le explicaré —dijo.

Agarró su brazo y la empujó hacia la entrada del jardín, que franquearon sin dificultad.

En la puerta de la casa había una cadenita con anilla y Bradford dio un par de tirones, haciendo sonar la campanilla del interior.

Nadie contestó a la primera llamada. Bradford insistió un par de veces y luego, frunciendo el ceño, dijo:

—Tendremos que entrar sin permiso del dueño de la casa.

Fay se alarmó.

—No le gustará...

—Tendrá que aguantarse —respondió él duramente.

Tanteó el pomo de la puerta. Con gran sorpresa por su parte, advirtió que no estaba cerrada con llave.

—Entraremos sin permiso del dueño —repitió, al empujar la puerta—. Si nos sorprende, ya encontraremos alguna excusa.

—No le diremos que esperábamos el autobús, ¿verdad?

—Tiene usted buen humor, Fay. ¿Siempre ha sido así?

—Nunca fui una chica triste, aunque en los últimos tiempos, no tenía precisamente motivos para reír.

—Todo volverá a ser como era —sentenció él.

Cerró la puerta y encendió las luces. El interior era modesto, pero no daba en modo alguno sensación de pobreza. Todo estaba en su sitio y Bradford supo que Pentonbride era un hombre amante del orden.

Tenía que serlo, se dijo, dada su profesión. Un hombre desordenado, en su trabajo, estaba abocado al fracaso.

Aunque pronunció su nombre en voz alta varias veces, Pentonbride no contestó en ninguna ocasión.

—Empiezo a temer lo peor —dijo pasados unos minutos.

—¿Por qué? —exclamó Fay—. Habrá salido...

Bradford hizo un gesto negativo.

—No —contestó—. Un hombre de su clase no puede permitirse el lujo de ser descuidado y dejar la puerta abierta.

—Pero hemos recorrido toda la casa y no aparece, Jack.

—Falta el sótano.

Ella comprendió y señaló una puertecita que no habían abierto todavía.

—¿Allí?

—Vamos a ver.

Bradford se acercó a la puerta, hizo girar el picaporte y la abrió. Al hacerlo, se dio cuenta de que estaba forrada interiormente de metal. Seguridad contra posibles asaltos, pero el hecho de que tampoco estuviese cerrada con llave, le hizo presentir algo muy desagradable.

El sótano estaba a oscuras. Junto a la entrada había un interruptor que accionó de inmediato. Una batería de potentes lámparas se encendió en el acto.

Bradford inició el descenso por la escalera. Cuando le faltaban un par de peldaños para llegar al piso del sótano, vio algo que le cortó la respiración.

—¡No mire, Fay!

Era ya tarde. Ella también había visto el cuerpo inerte del dueño de la casa y no pudo evitar un grito de terror.

Bradford inspiró profundamente, mientras terminaba el descenso. Horatio Pentonbride yacía en el suelo, atado a un sillón volcado sin duda en sus esfuerzos por desasirse de sus ligaduras.

Había brotado sangre de su boca, a consecuencia del balazo que alguien le había disparado al pecho, pero antes de morir había sido torturado salvajemente. Tenía los pies descalzos y en ellos había unas gotas solidificadas de brillante color amarillo.

Los ojos de Bradford recorrieron el interior del sótano. Encima de una mesa de grueso tablero, vio algo que humeaba. Al acercarse allí, apreció se trataba de un crisol, en el que todavía había oro fundido. El hornillo estaba encendido y lo apagó.

Al lado se veía un minúsculo cazo de hierro con el que, sin duda, se habían arrojado gotas del metal fundido a los desnudos pies del «perista». El asesino le había obligado a hablar, teniéndolo atado al sillón, y luego le había disparado un tiro, a fin de evitar que hablase posteriormente.

—¿Qué le habrán preguntado? ¿Qué sabía? —murmuró.

—¿Está muerto, Jack? —inquirió Fay, vuelta de espaldas al horrible espectáculo.

—Sí —respondió él—. Y la verdad es que no comprendo...

Al contemplar una vez más el cadáver de Pentonbride, calculó que el sujeto no había muerto en el acto a consecuencia del disparo. El asesino se habría marchado, creyendo haber terminado su obra, pero Pentonbride debía de haber recobrado el conocimiento, haciendo desesperados esfuerzos para soltarse y poder pedir ayuda. Pero la bala había atravesado al menos un pulmón y la hemorragia consiguiente había acabado con su vida.

—Jack, ¿ha encontrado algo? —quiso saber la joven.

—No. Lo que vine a buscar estaba en la mente de Pentonbride.

—Sí, entiendo. ¿Entonces...?

—Será mejor que nos marchemos —decidió Bradford.

—¿Avisará a la policía?

—Mañana no abrirá la tienda. Le echarán en falta. Acudirán a ver qué pasa y encontrarán su cadáver. Evitemos complicaciones, Fay.

—Sí, ya tenemos demasiadas —concordó ella.

Mientras viajaban en el coche, de regreso, Fay concibió una hipótesis y quiso expresarla a su acompañante,

—Jack, se me ocurre una idea. Pentonbride fue asesinado por uno de sus «clientes», tal vez descontento por el poco dinero percibido por el botín conseguido en un robo.

—Lo dudo mucho. El crisol contenía oro fundido todavía. Calculo que habría una veintena de onzas, lo que supone unos diez mil dólares. He visto también algunas joyas en proceso de desmontaje. Un ladrón profesional no habría abandonado algo tan valioso

—contradijo Bradford.

—Pero el oro fundido...

—Se puede dejar enfriar, tras verterlo en los moldes que he visto en el sótano. El oro en lingotes es dinero, Fay.

—Entonces, opina que el asesino no era un ladrón.

—No, y no se me ocurre ninguna idea sobre el caso —admitió el joven —. Lo único que puedo decirle es que este asunto se complica cada vez más y que hay momentos en que no entiendo absolutamente nada de lo que sucede.

Ella le puso una mano sobre el brazo.

—Todo se aclarará, Jack —dijo serenamente.

—Esperemos que sea como dice —sonrió él.

Poco más tarde, llegaban a la casa donde ella residía accidentalmente.

—No veo al espía —manifestó Fay.

—Es de noche. Tal vez esté escondido en algún lugar donde no lo vemos. Sea precavida y continúe desempeñando el papel de ancianita reumática.

—Sí, desde luego.

—Yo exploraré los alrededores, mientras usted se cambia de ropa y hace el equipaje.

Procuraré quitar estorbos de en medio.

Ella descendió del coche y, lentamente, cojeando de forma aparatosa, caminó hacia la casa. Llegó al ascensor, entró y subió al piso donde se hallaba el apartamento de Myra Hayes.

Inmediatamente, fue a su dormitorio y empezó a cambiarse de ropa. Tenía objetos de tocador en el baño y fue a recogerlos, vestida solamente con sostén y bragas. Al regresar, se tropezó con un hombre y lanzó un grito de susto.

—¡Fay! ¿Qué haces aquí? —exclamó él.

Ella, sobresaltada, le miró un segundo.

—¡Tarryl! ¡Qué susto me has dado! No esperaba verte por aquí...

—Es el apartamento de mi mujer, recuérdalo.

—Oh, si, por supuesto. Ella me lo dejó por unos días... —De pronto, Fay reparó en la escasez de su atavío y echó a correr hacia el dormitorio—. Dispénsame, Tarryl; en seguida soy contigo.

—No tengas prisa, Fay —dijo Hayes—. De todas formas, yo me voy muy pronto. Sólo he venido a recoger algunas cosas que se dejó Myra. Ya sabes que nos hemos cambiado de casa.

Fay se puso rápidamente una bata y volvió a la sala. Hayes estaba colocando el retrato

de los dos en una pequeña maleta.

—Ahora vendrá su hermana y ocupará este apartamento, ¿no es cierto, Tarryl?

—En efecto. ¿Cómo te encuentras tú?

—Bien, no puedo quejarme.

—¿Sigues trabajando?

—Por el momento, me he tomado unas vacaciones. Estaba algo fatigada, ¿sabes?

Hayes sonrió.

—El cansancio destruye la belleza. No destruyas la tuya, fatigándote innecesariamente.

—Lo tendré en cuenta, gracias.

Hayes cerró la maleta.

—Ya sabes que puedes disponer del apartamento todo el tiempo que quieras —dijo.

—Sois muy amables los dos. Saluda a Myra de mi parte, cuando la veas.

—Así lo haré. Adiós, Fay.

—Adiós. Tarryl.

La joven suspiró al quedarse sola y volvió al dormitorio, para terminar de hacer el equipaje. Se preguntó por qué no había dicho a Hayes que se marchaba aquella misma noche, pero pensó que tampoco tenía por qué mencionarlo. Myra era una buena amiga; en cambio, con su esposo, había tenido escasas relaciones y no le juzgaba digno de hacerle ciertas confidencias.

Minutos más tarde, estaba de nuevo en el coche, con Bradford.

—He visto salir a Hayes —dijo él, cuando ya accionaba el contacto.

—Sí, estuvo en el apartamento, para buscar algunas cosas que se habían dejado, al mudarse de casa.

—¿La vio disfrazada?

—No —contestó ella, sorprendida—. Ya me había cambiado de ropa...

—Es curioso. Al entrar usted, él tuvo que verla con el disfraz.

—Hayes llegó después, Jack.

—No —contradijo Bradford—, Estaba ya, cuando llegó usted. Se lo he preguntado al conserje de noche.

—Bueno, el apartamento no es pequeño... Quizá no me oyó entrar; estaría en alguna otra parte... No tiene importancia, supongo.

—No, no la tiene, Fay —admitió él.

—El espía no estaba, supongo —dijo la joven.,

—Debió de marcharse hace mucho rato —contestó Bradford.

—Tengo que salir —dijo Bradford a la mañana siguiente—. He traído su coche y está en el *parking* de los sótanos. Le dejo las llaves, pero no se mueva de casa, a menos que sea absolutamente necesario. En tal caso, déjeme una nota, diciéndome dónde piensa estar y a qué hora, y el teléfono, si es posible.

—No tengo necesidad de salir, Jack —manifestó ella.

—Mejor, entonces. Otra cosa: la puerta está blindada. Nadie tiene que venir, por lo

que no debe abrirla bajo ningún concepto. ¿Está claro?

Fay sonrió suavemente.

—Váyase tranquilo, Jack.

—Conviene estar prevenido —alegó Bradford.

Momentos después, salía a la calle. Paró el coche junto a un vendedor de periódicos, compró un ejemplar y hojeó distraídamente las páginas.

No había la menor noticia sobre Pentonbride.

—Eso significa que aún no han descubierto el cadáver —murmuró.

Una súbita inspiración le hizo arrancar de nuevo. Un cuarto de hora más tarde, estacionaba el vehículo frente a la tienda del muerto.

La puerta estaba cerrada y echadas las persianas metálicas. Consultó la hora, faltaban escasos minutos para las once de la mañana.

A pesar de todo, aguardó un rato. Empezaba a pensar que había perdido el tiempo, cuando, de pronto, vio detenerse un coche junto a la acera.

Dos hombres se apearon de inmediato. Bradford pudo apreciar el desconcierto en los rostros de los hermanos Trutlin.

—¿A qué diablos habrán venido? —murmuró.

Nick y Frankie intercambiaron unas palabras que no pudo escuchar. Luego volvieron al coche, que arrancó de inmediato.

Bradford se decidió a seguirles. Los dos hermanos no parecían haberse

dado cuenta de su presencia. Discretamente, se mantuvo a buena distancia, aunque sin perderles de vista. Pero a los pocos minutos, supo con toda claridad el lugar al que se dirigían los Trutlin.

—Se van a llevar una buena sorpresa —murmuró.

Cuando vio que estaban a punto de llegar a las inmediaciones de la casa de Pentonbride, detuvo el coche y se dispuso a esperar. Los dos hermanos se apearon y cruzaron el jardín con paso resuelto.

Transcurrieron algunos minutos. De súbito, Bradford vio salir a los Trutlin.

Estaban sobresanados y corrían como si les persiguiese algún horrible espectro. Bradford comprendió que ya habían descubierto el cadáver del «perista».

—Tienen miedo —murmuró.

El coche en que viajaban los dos hermanos arrancó como si se dispusiera a ganar algún Gran Premio. Bradford vio que se dirigían hacia la salida de la ciudad, sin duda con ánimo de dar un rodeo, al objeto de despistar a algún posible observador.

Sabía dónde encontrar a los dos hermanos y dio media vuelta. Hasta la tarde no podría dar con los Trutlin y no tenía prisa en dirigirse al lugar en que los hallaría.

* * *

El bar tenía tras el mostrador una puerta, que sólo era utilizada por ciertos clientes de toda confianza. Bradford se sentó en un taburete, pidió un whisky y dejó un billete de cinco dólares.

—Guárdese la vuelta —dijo.

El barman le miró con asombro. No estaba acostumbrado a semejante generosidad.

—¿Qué me va a pedir, hermano? —preguntó.

—Me llamo Bradford. ¿Le suena mi nombre?

El barman hizo un gesto vago.

—Un artista de cine...

—Soy guapo, pero no tanto —rió el joven—. En cambio, dos buenos chicos que estaban al otro lado de esa puerta, sí me conocen. ¿Por qué no les avisa?

El hombre asintió.

—Declino toda responsabilidad —dijo irónicamente.

—Usted no es mi compañía de seguros —contestó Bradford en el mismo tono.

El barman tocó en la puerta, mediante una contraseña convenida de antemano.

Alguien observó a través de una mirilla y luego abrió la puerta. El pulgar del barman señaló hacia el interior, a la vez que sus ojos miraban al joven significativamente.

—Suerte, hermano —le deseó al cruzar el umbral.

—No habrá una silla eléctrica en ese cuarto, ¿verdad?

Bradford pasó al otro lado. Nick y Frankie, sentados a ambos lados de una mesa, sobre la que se veían unos libros cerrados y varios fajos de billetes, le miraron con hostilidad.

—Abrevie —dijo Nick.

—Tenemos trabajo —añadió el otro.

Bradford puso el pie izquierdo en una silla y apoyó el codo en la rodilla.

—Ya veo —dijo—. Están contando el dinero procedente de la extorsión y la violencia.

Luego separarán su porcentaje y entregarán el resto a Peters, ¿no es cierto?

—Eso no le importa en absoluto. Además, es un negocio legal...

—¿Pagan correctamente sus impuestos?

—Tenemos un contable que lo hace. Nunca hemos tenido problemas por ese motivo.

—Un contable, ¿eh? ¿Es de confianza?

—¿Le importa mucho? Si quiere, le diré su nombre, para que vaya a verle. Incluso le permitiremos examinar nuestros libros, para que vea que todo está en orden.

—Tarryl Hayes es un hombre honesto —declaró Frankie—. Posee el título correspondiente y está registrado legalmente. Vaya a verle, insistimos. Los libros que ve aquí no son más que borradores, que le entregamos cuando nos los pide, para comprobación.

Bradford trató de disimular la sorpresa que le producían las manifestaciones del segundo de los Trutlin. Era algo que no se había esperado, pero tampoco tenía mucha importancia en aquellos momentos.

—No hablaré con Hayes —dijo—. Esos negocios no me interesan en absoluto. Hay otras cosas que me interesan mucho más.

—Sea breve —gruñó Nick—. Tenemos trabajo...

—Ya lo veo —contestó el joven sin inmutarse—. Nick, Frankie, empiezo a sospechar que, si en un principio pudo ser cierto, ahora ya no les interesa el millón que, según ustedes, pertenecía a Pete. Se han dado cuenta de que no pueden reclamar nada a la señorita Rochester y han desistido de conseguir esa suma, porque conocen la imposibilidad de obligarla a pagar. Pero, en cambio, hay algo que les interesa mucho más y que, bien

mirado, puede dar también muchísimo dinero.

—¿De veras? —dijo Frankie irónicamente.

Bradford se puso un cigarrillo en la boca.

—Sería ingenuo suponer que ustedes desconocían las actividades de Pete. Ciertamente, no se entrometían en su negocio ni le forzaban tampoco a tocar parte en el de ustedes, pero sabían que ganaba bastante dinero, «vendiendo» su físico y, además, consiguiendo que sus «víctimas» le escribiesen cartas que pueden resultar muy comprometedoras. ¿Me equivoco?

Los Trutlin cambiaron una mirada de inteligencia. El mayor, al fin, hizo un gesto de aquiescencia.

—Acierta —dijo, lacónico.

—La señorita Rochester y yo encontramos esas cartas. Alguien nos las

quitó, amenazándonos con una pistola. Pero Pete era hombre precavido y tenía en casa una fotocopidora. Yo tengo las fotocopias de esas cartas. ¿Lo sabían?

—¡Demonios! —barbotó Frankie.

—Ahora bien, ustedes saben igualmente que Pete no se suicidó, sino que lo asesinaron.

Y fue el mismo que mató a Joe y el que, sin duda, mató a Pentonbride, después de haberlo torturado. Ese hombre va a por ustedes, no lo duden; es terriblemente listo y acabará con los dos, a menos que...

—¿A menos que... qué? —preguntó Nick.

—Podemos unir nuestras fuerzas. Ese tipo tiene miedo de ser descubierto y perder, además de las cartas, que pueden proporcionarles sustanciosos ingresos, la vida. Yo no tengo nada contra ustedes; algún día, sin embargo, la policía aca bará con su negocio. La gente se hartará de pagar y...

—En resumidas cuentas, ¿qué nos propone?

—Una alianza circunstancial, hasta encontrar al asesino de sus dos hermanos. Es un peligro para ustedes, recuérdenslo.

—¿Y las cartas? —quiso saber Nick.

Olvídenlas. Toda mujer tiene derecho a dar un resbalón. No pueden sacarles más dinero, amenazándoles con la publicación de esas cartas o el envío a un esposo ignorante. Sus vidas valen más que todo el oro del mundo.

Bradford encendió el cigarrillo, lanzó una bocanada de humo y puso el pie en el suelo.

Luego sacó una tarjeta de visita y la dejó encima de la mesa.

—Llámenme cuando hayan llegado a una decisión —se despidió.

Cuando salió, los Trutlin no habían pronunciado aún una sola palabra.

El barman arqueó las cejas al verle.

—Tiene todos los huesos sanos —dijo.

—Nick y Frankie han decidido adoptarme... como hermano suplente

—contestó Bradford de buen humor.

El hombre del mostrador meneó la cabeza.

—Hermano suplente... ¿Quién lo iba a decir? —masculló, atónito.

CAPITULO XI

Fay se inclinó para poner una taza de café sobre la mesita. Luego se sentó frente al dueño del apartamento, con las rodillas muy juntas.

—¿Cree que los Trutlin aceptarán su proposición? —preguntó.

Bradford ya le había enterado de su entrevista con los dos hermanos. Hizo un gesto ambiguo y luego señaló el teléfono:

—Si llaman, oscurezca la voz y diga que es mi secretaria, que goza de toda mi confianza y que pueden dejarle el mensaje —dijo.

—Comprendo. Usted cree que cederán.

—Pienso que sí. Saben que sus vidas están amenazadas. Les conviene aliarse con quien puede ayudarles a salvar el pellejo, y disculpe la vulgaridad de la expresión.

—Entonces, han abandonado sus propósitos de reclamar el millón...

—Saben que no pueden conseguirlo de ninguna forma, ni siquiera con la violencia. En cierto modo, y no siendo tan listos como Pete, tienen sentido común y han desechado esa idea. Pero querían conseguir las cartas de su hermano.

—Lo cual, en cierto modo, me parece lógico. Son sus herederos, Jack.

—Pero no para extorsionar a las autoras de unas cartas tan ridículas como comprometedoras. Usted no le escribió ninguna, ¿verdad?

Fay se puso encarnada.

—Una vez él se fue de viaje y me pidió que le escribiera —contestó.

—¿Lo hizo?

—Me llamó por teléfono y me pidió cinco mil dólares. Dijo que podía enviarle el cheque en una carta.

—Usted no picó en el anzuelo, supongo.

—No —respondió Fay—. Empezaba ya a recelar de Pete. Le dije que tendría el dinero a su vuelta. Por teléfono, naturalmente.

—Acertó, no cabe duda.

—Aunque, de haber accedido, no me habría importado que publicase luego la carta.

—Hizo bien y no llore por un sujeto totalmente desaprensivo.

—Le he olvidado por completo, Jack.

—Lo celebro —sonrió Bradford.

Se puso en pie y miró a la joven.

—Buenas noches, Fay. No se preocupe por mí mañana; quizá me levante temprano.

Duerma usted todo lo que le apetezca...

—He visto que tiene una buena biblioteca. Me gusta leer en la cama —contestó ella sonriendo.

—Elija un libro soporífero, por ejemplo, el *Tratado de Psicología de los Saltamontes Etíopes*.

Fay arqueó las cejas.

—¿Tienen psicología los saltamontes etíopes? —preguntó, asombrada.

Bradford se echó a reír.

—Acabo de inventarme ese título —dijo, con la mano en el pomo de la puerta del dormitorio.

De pronto, se dio una palmada en la frente.

—También puede entretenerse pensando en quién puede ser «Amaltea», la firmante de una carta cuyo nombre auténtico continuamos ignorando —agregó.

Fay encontró una novela interesante y estuvo leyendo un buen rato, hasta que notó que la vencía el sueño. Pero entonces, recordó la última recomendación de Bradford y empezó a pensar en la misteriosa «Amaltea».

Reclinada sobre los almohadones, se preguntó quién podía ser aquella mujer que también se había relacionado con Pete Trutlin. En la lista encontrada en el apartamento del difunto, todas las correspondencias de Pete aparecían con su nombre auténtico, junto al seudónimo.

Pero Amaltea, no. ¿Por qué?

¿Una conquista reciente?

De pronto, se le ocurrió una idea. Tenía el *necesser* sobre una silla, en el mismo dormitorio. El original de la lista estaba allí. El *necesser* tenía un ligero descosido en el forro, lo que le había servido para guardar, convenientemente doblada, la cuartilla, entre la seda y el cuero.

Quizá, repasando la lista, podía obtener algún dato...

Sin pensárselo dos veces, se levantó, fue hasta la silla y levantó la tapa del pequeño maletín. Hurgó en el escondite, pero no encontró el papel que había dejado allí días antes.

Desconcertada, revolvió todo el contenido del *necesser*. Estaba segura de haber guardado allí la lista. Era un dato que no había mencionado siquiera a Bradford.

—¿Me lo habrán robado? —se preguntó.

Si era así, ¿quién?

En el apartamento no había estado nadie y la tapa, por otra parte, era lo suficientemente recia como para romperse accidentalmente sin esfuerzo. Se preguntó si, a pesar de todo, no habría guardado la clave en alguna otra parte.

Para convencerse de ello, revisó a fondo todo su equipaje, incluidos los bolsillos de las prendas de vestir que los tenían. El papel seguía sin aparecer.

Si no había estado nadie en el apartamento de su amiga, ¿quién se lo había robado, puesto que, una vez en camino hacia la casa de Bradford, nadie había sino ella había tocado el equipaje?

Por un momento, pensó en despertar a su anfitrión, para preguntarle si él había escondido la clave, sin decírselo. Pero puesto que Bradford disponía de una copia, parecía un hecho altamente improbable.

Al fin, decidió volver a la cama. Ya resolvería el problema al día

siguiente.

Leyó un poco más, pues se había desvelado. El sueño la venció al cabo de unos minutos. Apagó la luz y se durmió profundamente.

* * *

Por la mañana, de repente, Bradford pensó que había una persona a la que no había

entrevistado todavía. No esperaba mucho del encuentro, pero se dijo que no podía desperdiciar cualquier detalle, por mínimo que fuese.

Cuando llegó a su destino, una asistenta le informó que la persona a quien buscaba estaba fuera.

—Pero regresará hacia el mediodía —agregó la mujer.

—Gracias, volveré entonces —dijo Bradford.

Como le sobraba tiempo, fue al bar en cuya trasera tenían los Trutlin instalada su oficina. Al llegar allí, vio al barman que se disponía a abrir el local.

—Madruga mucho, hermano —dijo el sujeto.

—Es mi trabajo, Johnny —contestó Bradford.

—Me llamo Bruce, si no le importa.

—Yo no soy su padre, Bruce.

—Yo podría ser el suyo —rió el barman—. ¿Tan temprano y ya quiere beber?

—No, solamente vine a ver a los Trutlin...

Bruce entró en el bar y Bradford le siguió.

—Ellos no madrugan —dijo el hombre.

—Los despertaré, si me dice usted dónde viven, Bruce.

—Nunca me lo dijeron y yo no se lo pregunté jamás. Tengo entendido que es algo que no les gusta divulgar.

—Tal vez por eso tienen aquí su oficina.

—Sí, y a veces se quedan incluso cuando yo me he marchado. Luego, ellos mismos cierran...

Bruce se calló repentinamente. Iba a pasar al otro lado del mostrador, pero se detuvo en seco al ver algo que cambió por completo la expresión de su rostro.

Un súbito temblor acometió todo su cuerpo. Bradford lo vio y saltó hacia adelante, parándose bruscamente al ver el ancho reguero de sangre que salía por debajo de la puerta del cuarto donde los Trutlin tenían su oficina.

Un terrible presentimiento le acometió en el acto.

—Bruce, ¿también anoche se quedaron los Trutlin en el bar? —preguntó.

—Sí... Yo... me fui a las doce y cuarto... —contestó el sujeto con voz temblorosa.

Eludiendo pisar la sangre, ya casi seca, Bradford abrió la puerta y echó un vistazo al otro lado. Había manchas de sangre incluso en la pared. Nick estaba sentado en un rincón, con la cara destrozada a balazos. Frankie yacía bajo la mesa, hecho un ovillo.

—Bruce, será mejor que llame a la policía —dijo—. Están muertos.

El barman se santiguó.

—Mi hermano tiene una granja en Kansas... Me escribió, diciéndome que necesitaba un peón... Ocuparé ese puesto... —contestó entrecortadamente, mientras descolgaba el telé-

fono.

Mientras cerraba la puerta. Bradford meneó la cabeza con gesto pesimista. Los Trutlin habían vivido de la violencia y del fraude, y su trágica muerte no era sino una lógica consecuencia de la clase de existencia que habían elegido.

* * *

Todavía bajo la impresión de lo ocurrido, sintiéndose casi culpable por haberlo profetizado, llegó poco después de las doce al estudio del fotógrafo para el que Fay había trabajado en tiempos. Tim Fergus le recibió amablemente y, al conocer sus propósitos, le manifestó

hallarse dispuesto a contestar a todas las preguntas que se le formularan.

—Pero, en realidad, yo sé muy poco del asunto —agregó—. Ella había dejado ya de ser modelo cuando se lió con Pete Trutlin. Por otra parte, no suelo inmiscuirme en la vida privada de las chicas con quienes trabajo, a menos que ello las perjudique mientras actúan para mí. Si veo que empiezan a remolonear, a fallar, a llegar tarde al estudio o que por culpa de sus diversiones están bajas de forma, las despiden inmediatamente.

—¿Era ése el caso de Fay? —preguntó Bradford.

—No. Ella fue una chica muy consciente de sus obligaciones. Jamás tuve que hacerle el menor reproche. Sentí mucho cuando me dijo que iba a dejar la profesión, pero comprendí que aspiraba a mejorar por otra clase de trabajo. No iba a impedirle, aparte de que tampoco hubiera podido hacerlo.

—Entonces, usted no puede decirme nada de sus relaciones con Pete.

Fergus hizo un gesto negativo.

—Lo conoció bastante después de dejar este trabajo —respondió—. Oí rumores, habladurías... pero no les presté la menor importancia. A fin de cuentas, ella tenía libertad suficiente para comportarse como le viniera en gana.

—Gracias, señor Fergus. Una pregunta más, por favor.

—Sí, desde luego.

—¿Conserva usted el negativo de la fotografía que le sacó, desnuda, pero velada en parte por unas cintas de humo?

Fergus sonrió maliciosamente.

—Si quiere, se lo entrego..., pero creo que se imprimieron medio millón de ejemplares de la revista. Cualquiera puede obtener una fotografía de esa fotografía, aunque no reproducirla públicamente sin permiso, puesto que yo conservo todos los derechos.

—Pero si yo le comprase el negativo, me cedería también esos derechos.

—Eso habría que discutirlo, ¿no le parece?

—Lo discutiremos en otra ocasión y espero que usted será comprensivo en cuanto al precio.

—Estudiaré el asunto detenidamente, se lo prometo.

—Gracias, señor Fergus.

Bradford se dispuso a abandonar el estudio, cuyas paredes se hallaban adornadas con enormes fotografías de hermosas mujeres, quienes habían posado en distintas posturas y con toda clase de atuendos, abundando especialmente las que no llevaban una sola prenda de ropa encima. De repente, vio una joven de rostro que le pareció conocido.

Ella estaba sentada sobre un diván de terciopelo rojo oscuro, con las piernas cruzadas y sin una sola prenda de ropa encima, salvo las medias y los zapatos, todo de color negro.

Al acercarse un poco más, la identificó plenamente.

—Es la señora Hayes —dijo.

—Sí, en efecto —confirmó Fergus—. ¿La conoce usted?

—La he visto solamente en fotografía..., pero tenía entendido que estaba fuera de la ciudad. Con usted, claro.

—Oh, no —contradijo el fotógrafo—. Ella se ha marchado con otro colega. No estábamos ligados por un contrato fijo, ¿comprende?

—Desde luego. Bueno, no tiene ninguna importancia...

—Pero le voy a pedir un favor, señor Bradford.

—¿Sí?

—No mencione su nombre. Como modelo fotográfica usa el pseudónimo de Amaltea y así se la conoce en todos los ambientes profesionales. Muy pocos conocemos su verdadera identidad y, desde luego, no la divulgamos a otros.

Bradford se puso rígido. Amaltea, la amante incógnita de Pete Trutlin, se dijo una y otra vez, cegado mentalmente por algo que acababa de ocurrírsele y que no hubiera creído posible unos segundos antes.

Terriblemente excitado, se volvió hacia el fotógrafo.

—¿Me permite usar su teléfono? Tengo que hacer una llamada

urgente...

Fergus hizo un benévolo ademán con el brazo izquierdo.

—¿Cómo no? —accedió.

Pero, a pesar de sus frenéticas llamadas, Fay no contestó. Poseído por un fúnebre presentimiento, Bradford echó a correr hacia la salida, sin despedirse siquiera del fotógrafo.

Estaba seguro de que, cuando llegase a su casa, iba a encontrar muerta a Fay Rochester.

CAPITULO XII

Al despertarse, Fay se vistió y se preparó el desayuno. En la sala encontró una nota de Bradford, diciéndole que había salido y que ya anunciaría su regreso por teléfono.

Sin preocuparse demasiado por una ausencia ya prevista, se dispuso a desayunar.

Delante de ella tenía el papel con el mensaje del dueño de la casa y, de pronto, por asociación de ideas, recordó la cuartilla en que Pete había escrito la clave que le permitía identificar a sus víctimas de sus engaños amorosos.

Durante unos momentos, permaneció estática, contemplando fijamente el papel, mientras sostenía la taza de café con la mano derecha. Cada vez se sentía más segura de haber guardado la clave en el *necesser*. Pero si no estaba allí, era que se lo habían robado...

—¿Quién pudo hacerlo, si no estuvo nadie en la casa, aparte de Bradford? —murmuró.

Súbitamente, recordó al esposo de su amiga. Tarryl Hayes sí había estado en el apartamento. Incluso había llegado antes que ella. No sabía cuánto tiempo llevaba en la casa a su llegada, pero supuso que había sido suficiente para registrar su equipaje. Ahora bien, la duda surgía en cuanto a los móviles de aquella sustracción. ¿Por qué lo había hecho?

Una idea, como un relámpago en noche oscura, brilló de súbito en su mente. Ahora ya conocía los motivos de la sustracción de la clave.

La mano con que sostenía la taza tembló y parte del café se derramó sobre la mesa.

Dejó la taza, se puso en pie y, durante unos momentos, se retorció nerviosamente las manos, sin saber qué hacer.

Quería llamar a Bradford, para comunicarle su descubrimiento, pero no sabía dónde estaba. ¿Habría localizado Hayes su nuevo escondite?

Ansiosa, terriblemente excitada, se acercó a una de las ventanas. En el mismo instante, vio un coche que se detenía frente a la casa.

Un hombre se apeó y cruzó lentamente el amplio espacio que había

frente al edificio. A pesar de la altura, Fay lo reconoció inmediatamente.

Hayes había descubierto su nueva residencia y venía a buscarla. La víspera no se había atrevido a causarle el menor daño, conocedor de que Bradford aguardaba en la calle. Si la hubiese matado entonces. Bradford habría sabido de inmediato quién era el asesino.

Pero ahora el dueño del apartamento no estaba. ¿Dónde podría esconderse?, se preguntó.

De repente, se le ocurrió una idea. Sin perder un segundo más, buscó las llaves del coche y corrió hacia la puerta. Al salir al pasillo, vio moverse la aguja indicadora del ascensor.

Había dos ascensores en la casa. Fay corrió hacia el otro y pulsó el timbre de llamada.

¿Llegaría a tiempo?

La aguja marcaba el piso octavo y el ascensor que esperaba se hallaba todavía en la segunda planta. No tendría tiempo de meterse en el ascensor antes de la llegada de Hayes, por lo que se dirigió sin vacilar hacia la escalera.

Hayes perdería algún tiempo en examinar el apartamento. Podía llegar hasta el parking

subterráneo y...

Apenas dos minutos más tarde, salía a escape con su coche en dirección al lugar donde sabía que Hayes no podría encontrarla.

Bradford llegó a la casa y se sorprendió enormemente al ver la puerta abierta de par en par. Fay no estaba allí ni viva ni muerta y se preguntó si Hayes la habría secuestrado.

Pero eso no hubiera tenido sentido, pensó. Para el asesino, lo más cómodo era deshacerse de Fay en aquel mismo lugar. ¿Adónde diablos podía haberse marchado?, se preguntó muy desazonado.

De pronto, sonó el teléfono.

Alargó la mano y lo levantó vivamente.

—Bradford —dijo.

—Jack, soy Fay. Te llamo desde la cabina de una estación de servicio. Voy a esconderme en tu cabaña de la Sierra. Hayes venía a buscarme.

—¿Cómo demonios has averiguado...?

—El me quitó la clave.

Bradford apretó los labios.

—¿Sabes si te ha seguido? —preguntó.

—No creo...

—Está bien, sigue adelante. Me reuniré contigo lo antes posible y discutiremos el asunto, para resolverlo de una vez.

—No tardes, Jack, por favor. Estoy muy nerviosa.

—Conduce con cuidado, Fay —aconsejó él.

Colgó el teléfono y se dirigió hacia la puerta. Esperaba llegar a tiempo, porque presentía que Hayes tenía que estar muy bien informado y, seguramente, conocía el emplazamiento de su cabaña de la Sierra.

* * *

Fay lanzó un suspiro de satisfacción al detenerse ante la cabaña. Allí estaría segura...

Pero el corazón se le detuvo bruscamente, cuando vio un coche que ascendía rápidamente por el sendero que conducía al refugio. Aquel coche no era el de Bradford, estaba segura de ello.

En la cabaña había armas, pero en su vida había manejado una. Hayes, sin embargo, sí sabía cómo utilizar una pistola.

En aquel instante, cuando más angustiada se sentía, recordó el escondite que Bradford le había indicado en una ocasión. No. Hayes no sabría encontrarla allí...

Echó a correr. Apenas unos segundos más tarde, Hayes saltó del coche y la vio desaparecer en el bosque.

El asesino corrió tras ella. Fay, sin embargo, le llevaba cierta delantera y, a los pocos momentos, notó que había desaparecido como si se la hubiese tragado la tierra.

Desconcertado, se detuvo unos instantes, mirando a todas partes. ¿Dónde demonios se había metido?, se preguntó, terriblemente encolerizado.

De repente, vio unas pisadas en un suelo húmedo y arenoso. Los tacones de unos zapatos femeninos eran claramente visibles en parte. Un poco más adelante, eran huellas de pies, lo que le indicó que para caminar con más comodidad, Fay se había quitado los zapatos

Se echó a reír burlonamente, mientras contemplaba la cortina de agua que caía de lo alto ruidosamente. Avanzó poco a poco, rodeó la catarata y se adentró en el túnel.

Fay no se dio cuenta de que había sido descubierta, hasta que lo vio algunos minutos más tarde, apuntándola con una pistola a cuatro pasos de distancia. Enormemente asustada, se puso ambas manos en el pecho.

—¿Por qué me vas a matar? —preguntó.

—Lo sabes todo —dijo Hayes.

—¿Crees que otros no lo averiguarán también?

—Es posible, pero esos otros no saben todavía lo que tú sí sabes.

De repente, Fay se sintió poseída por una extraña tranquilidad. El disparo no dolería mucho, sólo unos breves instantes... y después la paz, el fin del acoso a que había estado sometida durante tanto tiempo.

—Buscas las cartas de las amantes de Pete —dijo al cabo.

—Ya las tengo —respondió Hayes.

—Entonces, ¿por qué...?

—Por venganza.

—¿De Pete, porque tu esposa, tal vez, fue también su amante?

Hayes hizo un gesto de asentimiento. De repente, Fay adivinó la identidad de la misteriosa Amaltea.

—No sabía que tu esposa usara un seudónimo —dijo.

—Lo decidió cuando empezó a hacerse célebre. Se lo aconsejé yo.

—Podías haberle pedido que dejara de posar...

—Se lo pedí muchas veces, pero siempre se negó. Le gustaba el ambiente, la adulación, las ganancias que obtenía y los lujos que ella misma podía proporcionarse, porque mi dinero no le bastaba. Siempre quería más, más... Era insaciable...

La voz de Hayes se había convertido en una queja casi ininteligible. En un instante, Fay comprendió que se hallaba ante un ser enfermizo, capaz de las mayores abyecciones por no perder a la mujer amada, incluso de arrastrarse por los suelos, con tal de no verse abandonado por una esposa frívola y carente de sentimientos...

Pero, al mismo tiempo, sabía que se hallaba ante un asesino, que había empezado a cometer crímenes también por la ambición de ganar dinero con el que poder deslumbrar a su esposa.

—Piensas utilizar las cartas, para extorsionar a las amantes de Pete —dijo.

—Pueden resultar un buen filón, ¿no te parece? A fin de cuentas, la idea no fue mía solamente. También se le ocurrió a Ben Resson. Lo comenté conmigo, puesto que ambos conocíamos lo que nos había sucedido con nuestras respectivas esposas.

—Y tú no quisiste darle parte en el negocio y lo mataste en plena calle.

Hayes se echó a reír. Era una risa baja, siniestra, la risa propia de un demente obsesionado por una idea fija, que jamás abandonaría su mente.

—Me dijo que él se encargaría de buscar las cartas y que yo podría guardarle las

espaldas. Cuando salió de la casa...

—No lo repitas —pidió ella, muy nerviosa—. Lo vi todo, Tarryl.

—Entonces, no hace falta que sigamos hablando.

—¡Aguarda! —exclamó Fay vivamente—, ¿Fuiste tú quién mató a Pete?

Hayes hizo un gesto de aquiescencia.

—Fui el primero en recibir una carta pidiéndome dinero. Decidí que

sólo le podía pagar con una bala. La escenografía del suicidio quedó perfecta, ¿verdad?

—Pero entonces pudiste haberte llevado las cartas...

—No las encontré en el primer momento y decidí volver otro día. Fue Resson quien lo hizo, pero eso tiene ahora poca importancia.

—Un tal Hingleton quiso matarme hace días...

—Falló. Le estuvo bien, por estúpido. Pero no disparaba contra ti, sino contra ese maldito detective. ¿Sabes?, soy muy amigo también de Jason Mallory y él me dijo te había recomendado a Bradford para que te defendiera del acoso de los Trutlin. Quise prevenirme, pero Hingleton no era tipo que supiera moverse fuera del asfalto de la ciudad

—explicó Hayes con un claro matiz desdeñoso en la voz.

Fay meneó la cabeza pesarosamente.

—Aunque yo dejé el oficio hace tiempo, Myra y yo fuimos siempre buenas amigas. No tuve mucho trato contigo, pero también te consideraba como un amigo —dijo.

—Los sentimientos no tienen lugar en este caso —repuso Hayes con notorio cinismo.

—Sí, sobre todo, recordando lo que le hiciste a Pentonbride. Pero ¿por qué? No parece que él estuviera relacionado con el asunto...

—Algunas de las amantes de Pete le dieron joyas como obsequio. Pete se las vendía a buen precio. Pero Pentonbride conocía el origen de las joyas y llegó a enterarse de quiénes eran sus dueñas.

—Eso no es motivo suficiente para asesinarle tan salvajemente.

—Pentonbride sospechó siempre de mí. Incluso llegó a decírmelo claramente. No tenía otro remedio que quitarle de en medio.

—Después de haberlo torturado...

—Cuando fui a su casa, me insultó terriblemente. Tenía que hacérselo pagar y, de paso, conseguir la llave de una caja de alquiler en un Banco. Está llena de piedras preciosas, procedentes de robos. Hay una millonada, ¿sabes?

La ambición de dinero había cegado a aquel hombre, se dijo Fay, asustada, pero procurando no mostrarlo externamente.

—¿Qué me dices de los Trutlin?

—Eran competidores. No sabían lo que yo había hecho, pero, por nuestra relación de negocios, me dijeron imprudentemente cuáles eran sus intenciones con respecto a las cartas. A ti te acosaron por el dinero que creían pertenecía en parte a Pete, pero luego se enteraron del asunto de las cartas...

—Tarryl, aunque me mates, no conseguirás nada —dijo la joven—, ¿Sabías que Pete tenía una copiadora en su casa? Había sacado fotocopias de todas las cartas y nosotros las encontramos.

El rostro de Hayes se convulsionó de rabia.

—¡Estás mintiendo! —aulló.

—Bradford tiene dos juegos de fotocopias, bien guardados. También copió la clave de los seudónimos. Procuraré prevenir a las víctimas de Pete y...

—¡Basta ya! —tronó Hayes—. Esto se ha acabado, Fay. Primero, tú; luego buscará a ese maldito detective...

La mano del asesino se levantó lentamente. De pronto, Fay vio algo que le hizo abrir unos ojos como platos.

—¡No, Tarryl, no me hagas ningún gesto inamistoso! —rogó.

Hayes lanzó una sonora blasfemia. En el mismo instante, se oyó un atroz rugido.

Una mancha amarilla, como un relámpago, cruzó el aire. Los ochenta kilos del puma derribaron a Hayes instantáneamente.

Se oyó un agudo chillido de dolor. La pistola se había escapado de la mano de Hayes, quien inútilmente trataba de defenderse de la feroz acometida del felino.

Las garras del puma rasgaron el pecho de Hayes. Los afilados colmillos se hundieron profundamente en el cuello del asesino.

Fay, espeluznada, volvió la cabeza para no contemplar aquel horrendo espectáculo.

Hayes perneó un poco, pero se quedó quieto muy pronto.

Alguien llegó en aquel momento, avanzando a saltos.

—¡«Chet», apártate! —ordenó Bradford.

—Jack —gimió Fay. a la vez que. incapaz de sostenerse en pie, caía de rodillas al suelo.

—No te muevas —dijo él. mientras agarraba al puma por la piel del cuello—. Vamos.

«Chet», déjalo; ya no puede hacerle ningún daño a tu ama... Fay. voy a lavarle la sangre en el arroyo.

Ella asintió, en silencio. Inclinandose hacia adelante, juntó las manos y apoyó en ellas la frente, sollozando espasmódicamente, pero sabiendo al fin que el acoso había terminado y con él sus padecimientos.

* * *

Días después, Bradford buscó a Fay y no la encontró. Al regresar a su casa, encontró una carta en el correo.

Era de Fay y decía:

Estoy en tu cabaña. Ven a verme; tengo algo importante que comunicarte.

F. R.

Cuando llegó a la Sierra, Fay estaba bañándose en el remanso. El puma, tendido sobre una roca, la contemplaba fijamente, como un centinela que- vigilase para que no le su-cediera nada.

Bradford se detuvo bruscamente al ver la situación en que se hallaba la joven. Aunque estaba en pie, el agua le cubría hasta casi los hombros, pero era fácil notar que no llevaba

traje de baño.

Ella agitó una mano.

—Entra, no tengas miedo; el agua está estupenda —dijo.

—Iré a ponerme un bañador...

—¿Lo crees necesario? Jack Bradford, si no entras inmediatamente en el agua, no te diré la noticia que te anuncié en la carta que te escribí ayer.

Bradford empezó a quitarse la ropa, pero finalmente quedó con los calzoncillos puestos.

—Está bien, pero luego tendrás que atenerte a las consecuencias —dijo.

Fay le echó los brazos al cuello apenas lo tuvo a su lado.

—No es una buena noticia, Jack —manifestó.

—Bueno, ¿por qué no lo sueltas ya?

—Resulta que no soy tan buena economista como creía... Mis acciones han bajado en picado... He perdido casi todo mi dinero...

—Sí que es desagradable —rezongó él.

—Pero no me importa, porque puedo seguir trabajando en lo que me gusta y, por otra parte, me servirá de experiencia para el futuro.

—Perdiendo se aprende a jugar, no cabe duda —convino Bradford.

—Además, te tengo a ti. ¿O no, Jack?

Bradford sonrió y se inclinó para besarla suavemente en los labios.

—Creo que para siempre —murmuró.

Ella se apretó fuertemente contra su pecho.

—Dijiste hace días que «Chet» tenía un ama.

—Lo demostró cumplidamente.

Fay se estremeció.

—Será mejor que lo olvidemos, querido.

—Podemos empezar ahora mismo, ¿no te parece?

Los labios de la joven se unieron apretadamente a los de Bradford. Al cabo de unos segundos, se separó y le miró con ojos muy brillantes.

—Sí, os tengo a los dos... a ti y a «Chet» —dijo gozosamente.

El puma ronroneó, como si aprobase aquellas palabras.

FIN